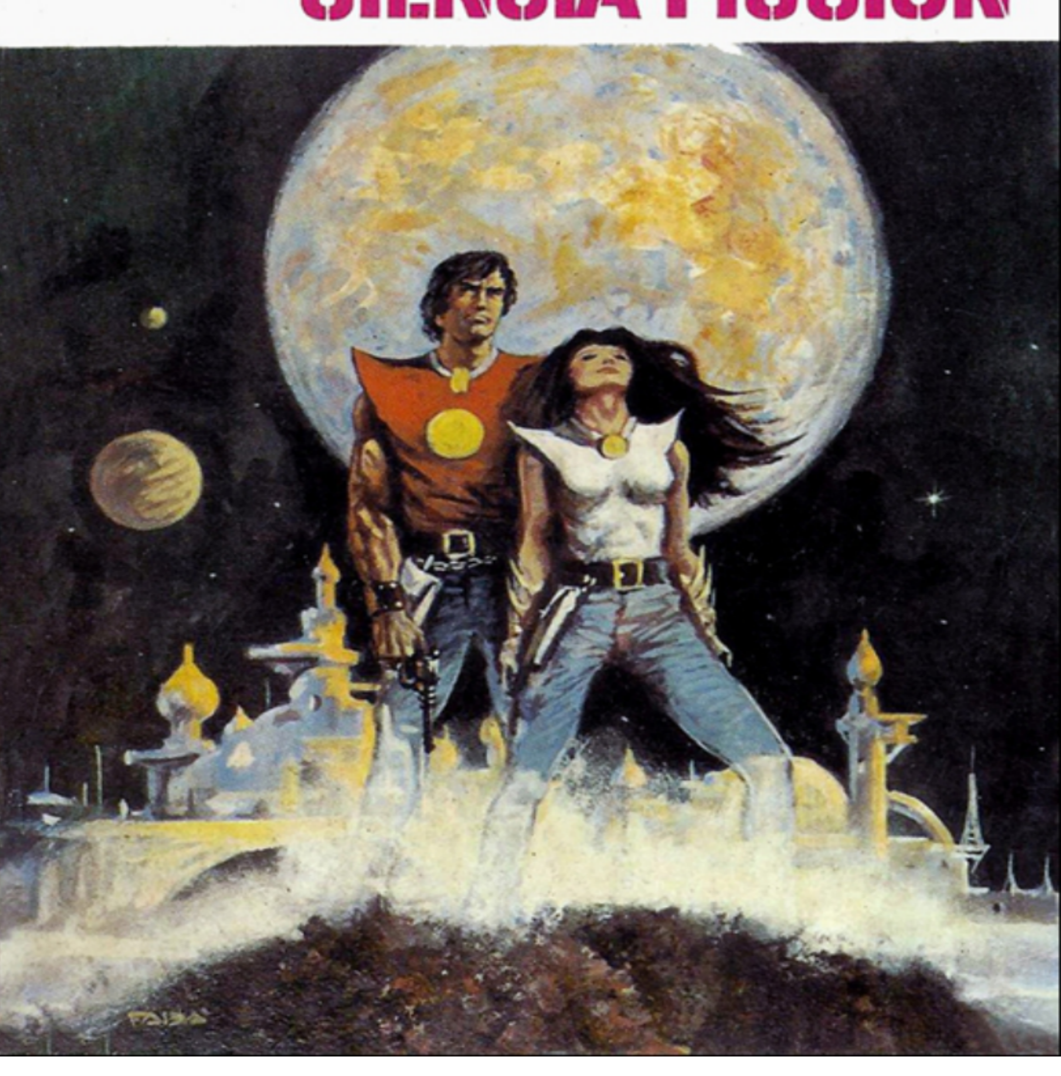
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

¿HOMBRES O DIOSES?

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





¿HOMBRES O DIOSES?

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

452 – Planeta errante, *Glenn Parrish*.

453 – Los hematófagos, *Kelltom McIntire*.

454 – Los enemigos del sol, *Joseph Berna*.

455 – Caos sin futuro *Ralph Barby*.

456 – Una guerra en el siglo XXX, *Glenn Parrish*.

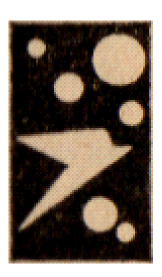
CLARK CARRADOS

¿HOMBRES O DIOSES?

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 457

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 9.699 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: mayo, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**

Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1979

CAPITULO PRIMERO

Orden núm. 445-7-82.

Del comandante supremo de exploraciones galácticas. Expedida en su nombre por el tercer jefe de estado mayor. Dirigida a los exploradores QuQu-5-14 y PiPi-9-50.

Misión asignada:

Entablar contacto con una representación mínima de los habitantes del planeta 8.206-RR-3, y estimular su inteligencia, para un superior y más activo desarrollo de dicho planeta, actualmente en una fase de primitivismo calificada como de 000-01 Negativo.

Los exploradores, arriba designados, ejecutarán su misión con la máxima rapidez posible, con las normas de seguridad dictadas por el comandante supremo y regresarán para informar del contacto.

Firmado:

SeSe-1-22,

TERCER JEFE DE ESTADO MAYOR

Fecha:

La de la recepción del presente mensaje.

* * *

El perro, «Marty» de nombre, echó a corretear alegremente detrás de una mariposa, mientras su dueño, Jim Smith, arreaba una feroz patada a una lata vacía que se puso en su camino. Jim Smith estaba terriblemente disgustado consigo mismo y la belleza del campo en primavera no alegraba en absoluto la depresión que se había apoderado de su ánimo.

Después de un largo asedio, la bella e inalcanzable Pamela VanBruden se había rendido, al fin, y había consentido en ser su esposa. Pamela era hija de Cyrus VanBruden, poderoso hombre de negocios, de quien se decía tenía tantos millones como granos de arena hay en una playa, por pequeña que sea. Jim había tenido que luchar con innumerables dificultades para conseguir su objetivo, la menor de las cuales no era su relativa timidez y la cortedad que se apoderaba de él cuando estaba en presencia de otras personas, sino también su nombre y apellidos, vulgares y corrientes a no poder más.

Pero, en fin, Pamela había obviado el inconveniente del apellido —ella, todavía, en pleno siglo XXI, seguía presumiendo de ser descendiente de uno de los primeros colonos holandeses establecidos en Nueva York, allá por los finales del siglo XVI —, y dado que el joven que aspiraba a convertirse en su esposo había terminado su carrera con notas muy excelentes, y que los profesores de la Universidad habían informado a su padre, de manera muy favorable, Pamela había cedido y accedió a convertirse en su esposa.

Con una condición: debía defender a su padre, en un litigio que un competidor le había planteado, ante un tribunal civil.

La idea había partido, naturalmente, del señor VanBruden.

— Quiero ver qué clase de yerno me llevo — dijo—. No es la cuantía monetaria lo que me importa, sino el honor —agregó altisonantemente—. Por eso debe ganar en el tribunal o no será tu marido.

A Pamela le pareció de perlas la idea, y se la comunicó a Jim. Jim, a su vez, empezó a estudiar el problema, con todas las fuerzas de su alma. El día en que se celebró el juicio, estaba absolutamente seguro de ganar.

La defensa de los intereses de su suegro constituyó una pieza de oratoria, digna de Cicerón. y Demóstenes juntos. Pero Jim cometió un fallo.

Un pequeño fallo tan sólo. Al finalizar su exposición, y en lugar de decir «me muestro contrario a…», dijo: «Estoy de acuerdo con…». El adversario, claro.

Allí mismo, en el tribunal, se hablan acabado sus ilusiones. A1 señor VanBruden tuvieron que sujetarlo entre cuatro fornidos guardias, porque quería estrangular al zoquete que le había hecho perder el pleito. En cuanto a su hermosa hija, aprovechándose de su

condición de mujer, había dado a Jim tal bofetada, que le puso colorada la mejilla para cuatro días.

Por dicha razón, se hallaba Jim Smith, en aquellos momentos, paseando por el campo, con la única compañía de su perro «Marty», un animal de raza indefinible, alzada mediana, y de un indescriptible pelaje blanco y rojo oscuro. Smith se había encontrado a «Marty» abandonado cuando sólo era un débil y gimiente cachorrillo *y,* apiadándose de él, se lo había llevado a casa.

Es fácil, pues, adivinar que el único amigo que ahora tenía Jim era «Marty». El can correteaba alegremente, metiendo la nariz entre las hierbas o persiguiendo a cualquier bicho que volase por los alrededores. Jim volvió a tropezarse con el bote vacío, y le arreó el segundo puntapié.

Entonces fue cuando aterrizó la nave del espacio, materializándose súbitamente en las mismas narices de Jim.

El perro ladró, asustado, y corrió a refugiarse entre las piernas de su amo. Jim creyó que iba a perder la mandíbula inferior, tan abierta tenía la boca.

* * *

El aparato tenía forma lenticular y era de color dorado oscuro, como bronceado. No se veían ventanillas ni orificios de ninguna clase y, a decir verdad, no había aterrizado. Simplemente, se mantenía inmóvil a unos cuatro metros del suelo.

Del vientre del aparato empezó a descender una plataforma circular, ocupada por dos seres, vestidos con trajes del mismo color que el casco de la astronave.

«Marty», con su instinto animal, supo que los seres no eran hostiles y se sentó sobre sus patas traseras.

Eran hombre y mujer, jóvenes, algo mayores que Jim, de agradable presencia y excelente figura, sobre todo ella. El pelo, en los dos casos, era oscuro, sin llegar a negro. No iban armados y llevaban unos cinturones de metal brillante, plateado, unidos en el centro por una extraña hebilla circular, de casi quince centímetros de diámetro, con

una semiesfera de vidrio rojo en el centro. A Jim, que seguía estupefacto, le pareció era un colosal rubí.

Los recién llegados avanzaron hacia el joven y se detuvieron a pocos pasos de distancia. El levantó la mano derecha y dijo:

- ¿Urquzit-virtwx-moburtufoxn?
  Jim decidió que lo mejor era actuar como lo hablan hecho cientos de años antes los primitivos pobladores de la nación en que se hallaba y levantó la mano derecha.
- *¡How!* Yo, Jim Smith. Este ser «Marty», mi perro. Bienvenidos a mi Tierra, seres del espacio.
  Porque, para él, el hombre y la mujer eran extraterrestres.La mujer sonrió encantadoramente y dijo:
- ¿Affudin-bahartx-trudo?
- Oh, sí, claro, todo lo que usted guste, señora — contestó Jim. «Debo seguirles la corriente, es lo más conveniente en estos casos», pensó.
- Exnadera-tro-kurtro-nikko — dijo el hombre.
- De eso no tengo, pero me gustaría tenerlo.
  La mujer se volvió hacia su acompañante.
- Affodino-trai-xilto.
- Gasbora-uggo-nebbostilixson.
  Luego se volvieron de nuevo hacia el joven.
- Abara-Iardo-kero-thon — dijo ella.
- Nigatho-sup-qurdu-banillo — dijo él.
  Avanzó hacia el joven, le puso ambas manos en los hombros y apretó los dedos ligeramente. Luego rozó su frente con la de Jim y se retiró.La mujer repitió la misma operación. Jim pensó que al diablo con la timidez, y la abrazó descaradamente.Luego, cuando ella acercó la frente, Jim la besó en los labios.
- Ser costumbre en mi país — afirmó.
  Ella parecía sorprendida, y también encantada. Estaba ligeramente ruborizada y lanzó una risita. Mientras, el hombre repetía la misma operación con «Marty», cosa que el perro soportó amablemente.Luego, la joven puso las manos en el lomo del perro. Hecho esto, se retiró y, de repente, abrazó a su acompañante y le besó. El hombre, sorprendido, vaciló un instante, pero luego devolvió el beso con gran ardor. Jim sonrió.
- Esto parece el final de una película de aventuras — dijo.
  Los extraterrestres se situaron sobre la plataforma y levantaron las manos simultáneamente.
- Gryix — dijo él. Y la joven repitió la misma fórmula.
- Debe ser su forma de decir adiós — murmuró Jim—. ¡Saludos al

Gran Jefe del Espacio! — gritó.

La plataforma se elevó, con sus ocupantes, quienes desaparecieron en el interior de la nave. Pasados 'anos segundos, el aparato pareció vibrar, esfuminándose sus contornos. Instantes después, ya no estaba en aquel lugar.Entonces, Jim, perplejo, se rascó la nuca.

- No contaré a nadie lo que me ha pasado — dijo—. Me encerrarían de inmediato en un manicomio.
- Seguro — convino «Marty».

* * *

Al regresar del paseo, Jim tropezó de nuevo con la misma lata, y le arreó la tercera patada. Entonces, un hombre uniformado surgió delante de él y le miró con severidad.

- Ensuciando el campo, ¿eh?'—dijo.
- Oh, no, sólo jugaba...

El guardabosque se inclinó y agarró la lata con una mano.

- Puede beber toda la cerveza que quiera, pero no arroje inmundicias fuera de las papeleras — exclamó irritado—. ¿Para qué diablos cree que estoy yo aquí?
- De adorno, no, indudablemente. Pero eso no es una lata vacía.

El guardabosque hizo un gesto de fingida paciencia.

- ¿Quiere explicarme qué es este horrible objeto que tengo en las manos? — gruñó.

-—Un jarrón. Cerámica pura, vidriada, con dibujos primitivos del siglo XVI. A su mujer le encantará tenerlo en la salita. Se lo regalo, amigo.El hombre sonrió, a la vez que se ponía a mirar el bote.

- Pues es verdad — exclamó —. Gracias por el regalo, amigo. Siga, siga su paseo.

Y se fue en busca de su aeromóvil, en el que se elevó, instantes después, para seguir vigilando los bosques cercanos y evitar que los paseantes los ensuciaran con los desperdicios de sus almuerzos y meriendas.Jim soltó una risita.

- Se lo ha tragado — dijo.
- Le has engañado como un chino — ladró «Marty» alegremente.
- Sí, es cierto...

De súbito, Jim dio un salto y un chillido, todo al mismo tiempo.

- ¡«Marty»! ¿Qué te pasa?

El perro se sentó sobre sus patas traseras.

- Nada, simplemente, hablo como las personas. No sé por qué, pero es así, Jim.

El joven creyó que todo daba vueltas a su alrededor. Fue entonces cuando recordó que «Marty» ya había dicho algo cuando él mencionó la conveniencia de callar el encuentro con los extraterrestres. Pero entonces, preocupado por el suceso, no había prestado atención a la respuesta del can.

- No te asustes, Jim — siguió «Marty»—. Qué diablos, alguna vez tenía que llegar el día en que los perros pudiésemos hablar.
- «Marty», pégame un buen mordisco en la pantorrilla. Puede que así me convenza de que no estoy soñando.

«Marty», obediente, mordió, pero sin clavar a fondo los colmillos. Jim chilló.

- ¡Soy tu amigo, no un ladrón nocturno! — protestó.
- He hecho lo que me pediste ˆ— se defendió el perro.

Algo había sucedido, y no sabía qué era, pensó el joven. El colérico guardabosque se había marchado con una lata vacía, creyendo que se trataba de un valioso jarrón de cerámica. «Marty» hablaba y razonaba como una persona adulta, y hasta se permitía ser moderadamente irónico. ¿Cuál era el origen de aquellos extraños fenómenos?Antes de que pudiera seguir adelante con sus reflexiones, vio descender un aparato, que se disponía a aterrizar a poca distancia del lugar en que se hallaba.

CAPITULO II

- ¡Ellos vuelven! — exclamó, sin poder contenerse.
- No seas tonto, Jim; sólo es un aeromóvil — rectificó el perro.

El aparato se posó en el suelo. La portezuela lateral se abrió, y de su interior salió una mujer que, después de poner los pies en tierra, se volvió hacia el aeromóvil y le arreó un furioso puntapié en uno de los costados.

- ¡Maldito cacharro!

Jim pensó que el aparato estaba tal vez averiado, y se acercó a la mujer, con ánimo de ayudarla. En todo caso, pensó, su cabaña estaba a poca distancia, y podrían pedir, desde allí, un técnico que acudiese a reparar la avería.Cuando se acercaba, observó que se trataba de una muchacha de poco más de veinte años, de buena estatura y silueta estallante de juventud. El pelo era intensamente negro, lo mismo que los ojos. Su vestimenta consistía en blusa, pantalones cortos y botas de media caña.

- Hola — dijo —. ¿Puedo ayudarle en algo?

La chica se volvió.

- Este condenado trasto... Los suministradores de energía son unos caníbales. Si no hay dinero, no hay energía para la propulsión. Supongo que sabe cómo funciona un artefacto de esta clase.
- Oh, sí, claro, aparato contador y monedas a la ranura. Cuando se acaba el importe de la energía consumida, más monedas y el aparato sigue volando. Pero si no hay monedas, el motor no funciona, porque el contador desconecta los sistemas de propulsión.
- Exacto — respondió la muchacha.
- Apuesto algo a que se ha quedado sin monedas en el momento más crítico.
- Sí, señor. Y, por raro que le parezca, he gastado mi última moneda en el último kilovatio. Cuando digo «última moneda», hablo en sentido absolutamente literal.
- Vaya, se ha quedado sin dinero.
- Pobre como las ratas — admitió ella, sin rebozo —. Me llamo Opal Byke.
- Dispense, no me había presentado. Jim Smith y mi perro, «Marty».
- ¿Cómo estás, Opal? — saludó «Marty».
- Encantada — dijo ella. De pronto, se echó a reír —. Oiga, es usted un ventrílocuo estupendo.
- No lo crea. Yo soy mudo. «Marty» es el que habla. Por ejemplo, cuando tengo que defender a un cliente ante el tribunal, me

llevo a «Marty». El perro habla y yo me limito a gesticular con la boca y los brazos. Se lo aseguro, ganamos siempre todos los pleitos. ¿Verdad, «Marty»?

- No le creas, Opal, es un embustero de marca — dijo el perro.

La chica se echó a reír nuevamente.

- Es algo... maravilloso. —Suspiró y su blusa se tensó por la presión de los senos jóvenes y rotundos—. Oiga, Jim, ¿no tendrá...?

El joven hurgó en sus bolsillos y encontró cuatro monedas.

- Si necesita más, iríamos a mi casa. Está a un par de kilómetros...
- Gracias, pero ya tengo suficiente. Jim, le devolveré el préstamo en cuanto me sea posible. ¿Quiere darme su dirección, por favor?
- En la ciudad, Avenida Treinta y Uno, seiscientos noventa y dos. Mi casa de campo está -situada al otro lado de la loma, en el valle.
- Lo tendré en cuenta. Adiós, Jim. Adiós, «Marty».
- Buen viaje, muñeca — dijo el perro.

Con un pie en el estribo, Opal se volvió y sonrió:

- Jim, cuide el lenguaje de «Marty».
- Sí, Opal.

El aparato se elevó a los pocos instantes. Jim permaneció todavía algunos minutos en el mismo sitio. Luego empezó a silbar una vieja melodía: «El Alegre Cazador», a la vez que empezaba a andar. «Marty» se emparejó con él y le hizo el dúo en los silbidos.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, antes de levantarse, Jim permaneció todavía un buen rato en la cama. Ya no le cabía la menor duda: «Marty» hablaba. Y ello se debía, ahora estaba seguro, al contacto con los extraterrestres.¿Quiénes eran? ¿De dónde procedían?¿Eran hombres o dioses, capaces de infundir poderes extraordinarios a los míseros mortales que habitaban en el planeta Tierra?Al cabo de un rato, se levantó. Después del aseo comprobó, con' disgusto, la casi total vaciedad del refrigerador. Era joven y sentía apetito, pero tampoco quería volver a la ciudad para reponer provisiones.De pronto, se acordó de que, a unos quinientos metros, vivía un conocido suyo, de nombre y apellidos tan estrambóticos como las cosas a las que se dedicaba, en una especie de taller y laboratorio, todo al mismo tiempo, que se tenía instalado en un gran cobertizo situado en la trasera de su residencia. Septimus Sliggerton había inventado las cosas más disparatadas, desde un contador de hojas de alcachofa, hasta un instructor automático de canto

para jilgueros y otras aves canoras. A pesar de su chifladura, Sliggerton tenía dos cosas buenas: una gran paciencia en todo y un frigorífico capaz de contener los alimentos suficientes para llenar el estómago de un batallón de reclutas.Por tanto, Jim se dispuso a desayunar en casa de su amigo. También le pediría comida para un par de días. Luego ya iría al supermercado y...

- «Marty», vámonos a desayunar a casa de Septimus.
- Estupendo — contestó el perro.

Un cuarto de hora más tarde, Jim asomaba la cabeza por la puerta del laboratorio. Sliggerton, de unos treinta y cinco años y una mente privilegiada en todo lo referente a la Física Superior, parecía muy ocupado en ajustar unos tornillos en el interior de un enloquecedor conjunto de cables y circuitos, situado todo, a su vez, dentro de una caja del tamaño de un frigorífico normal.

- Hola, Sep — saludó alegremente —. Me he quedado sin provisiones.

Sliggerton movió la mano derecha.

- Ya sabes dónde está la cocina — contestó, sin mirarle siquiera.
- Gracias, Sep. Oye, no te canses tanto; tienes un aspecto horrible — dijo «Marty».
- Jim, dile a tu perro que no se meta donde no le llaman — exclamó Sliggerton desabridamente.
- ¿Has oído, «Marty»?
- Voy a tener que quejarme al Comité Mundial de Discriminación Racial — refunfuñó el can —. Cuando un perro es inteligente y puede hablar, tiene derecho a ser tratado como los .humanos.

Jim prefirió no contestar y encaminó a la cocina. «Marty» aceptó alegremente la pata de pavo que su amo le lanzó al aire. Jim se preparó un par de huevos con tocino, mermelada, mantequilla, tostadas, jugo de naranja y café, con lo que calmó el apetito que le hacía sentir hasta dolor en el estómago. Luego metió platos y cubiertos en el lavavajillas, incluidos los de la cena de su amigo, abandonados de cualquier modo en el fregadero, y tras preparar una cafetera llena, se encaminó de nuevo al taller.

- Te traigo café, Sep — dijo.
- Gracias, Jim. Eres un buen amigo — contestó el físico.

Jim le entregó un vaso. Sliggerton suspendió unos momentos su tarea.

- ¿Qué estás construyendo ahora? —- preguntó el joven.
- Un duplicador.
- ¿Cómo?
- Ya lo has oído. Un duplicador.

- ¿De qué, Sep?
- De cualquier cosa. Mira, ahí tienes el aparato. Frente al mismo, se pone el objeto que quieres duplicar, no importan sus dimensiones ni la clase de materiales con que haya sido construido. ¿Ves las mangueras que salen del otro lado y se hunden en el suelo?
- Sí, las veo.
- Sirven para extraer los materiales del subsuelo: hierro, azufre, granito, mármol.... todo lo que se necesite. Silicio para las cosas de vidrio, celulosa para las cosas de madera... Calcio, estroncio, bario, níquel... Todo lo extrae... Mejor dicho, lo extraerá cuando logre hacerlo funcionar.

  Jim creía ver visiones.
- Eso es... Bueno, no tengo palabras con qué describirlo. ..
- Imagínate que construyes un simple aparato de radio. Lo sitúas en la posición conveniente, y el duplicador, más adecuadamente llamado multiplicador, lo reproducirá exactamente cuantas veces desees.
- ¡Fantástico!—dijo «Marty».
- Dile a tu perro que se calle — gruñó Sliggerton.
- «Marty», los perros bien educados se callan cuando los humanos discuten sus problemas — dijo Jim severamente.
- Sí, «señó». Dispense, «señó» — contestó el perro burlonamente.
- Sigamos, Sep — propuso Jim.
- Bueno, en líneas generales, ya te he explicado el funcionamiento del aparato. Pero hay un maldito circuito que se me resiste...
- Y si quieres duplicar una cafetera, te saca una taza.
- Saca algo que no tiene forma — dijo Sliggerton desalentadamente —. Si pudiera encontrar el error...

  Jim se acercó al tablero donde estaban los planos, y los hojeó silenciosamente durante algunos minutos. Luego, de pronto, se volvió hacia su amigo.
- El error está en el transformador F4-C9, que reduce la tensión en una décima parte más de lo conveniente. Por otro lado, el circuito de condensadores XR-6 está conectado con un cable de setenta centésimas, en lugar de noventa y cinco centésimas, que sería lo correcto. Además...

  Jim habló durante casi un cuarto de hora. Sliggerton le escuchaba, estupefacto, como si no diera crédito a lo que le decía el visitante.
- Y una vez tengas hechas esas correcciones, el duplicador funcionará como Dios manda — concluyó Jim.

  Sliggerton saltó hacia él.

- ¡Creo que tienes razón! —exclamó—. Jim, ¿te sientes capaz de repetir lo que has dicho? Quiero grabarlo, para efectuar las correcciones sobre la marcha...
- Pues claro que sí, hombre — accedió el joven, sonriendo.

Media hora más tarde, Jim se dispuso a abandonar el taller. .

- Sep, no te lo tomes tan a pecho. Descansa, eres joven; ya habrá tiempo de que puedas explotar tu aparato.
- Creo que tienes razón — convino Sliggerton, a la vez que se pasaba una mano por la barba—. Voy a darme un baño, afeitarme... y luego me prepararé un buen almuerzo. Jim, muchacho, te autorizo a que saquees mi frigorífico.
- Piensa en mí también —dijo «Marty».

Sliggerton miró con ternura al perro.

- Simpático animalito. Habla y todo, como nosotros.
- Me ha costado mucho enseñarle, pero mereció la pena. ¿Verdad, «Marty»?'
- Sí, amo.

Más tarde, en la bañera llena de agua, Sliggerton dio un salto.

- ¡El perro habla!

Y se preguntó si se trataba de una broma de su amigo o el exceso de trabajo le hacía ver cosas que sólo existían en su imaginación.

* * *

Había vuelto a la ciudad. A fin de cuentas, tenía que trabajar... si encontraba clientes. Y eso no era tan fácil como parecía. Cyrus VanBruden era un tipo muy rencoroso y con muchas influencias. Jim se veía ya defendiendo a ladrones de tiendas y hombres que pegaban a sus mujeres. No encontraría clientes de más importancia.Iba caminando por la acera, ensimismado en sus pensamientos, cuando, de pronto, «Marty» lanzó un silbido de admiración.

- ¡Vaya hembra!

Delante de ellos, caminaba una mujer, de unos treinta y tantos años, alta y de formas opulentas, quien llevaba de la cadena a una perrita de raza «foxterrier» pelo duro. La dama se volvió, encolerizada.

- Es usted un grosero — dijo.
- Ha sido mi perro, señora. Sin duda, se refería a su perrita...
- ¡Es un bombón! — exclamó «Marty».

Meneando la cola, se acercó a la hembra canina.

- Muñeca, ¿no te gustaría salir de paseo un rato con este buen mozo que tienes delante de tus ojazos?

La mujer se echó a reír.

- Un buen truco de ventriloquia, señor...
- Smith, Jim Smith, abogado.
- Amanda Kohler, ama de llaves y actualmente sin empleo — dijo ella.
- Tanto gusto, señora.
- El gusto es mío.

«Marty» se separó de la hembra canina.

- Lo siento — dijo, disgustado—. No está... a punto.
- Lamento el contratiempo — sonrió Jim —. Señora Kohler... Oiga, ¿ha dicho que es ama de llaves?
- Sí, en efecto, y con título, además.

Jim sacó su billetera, extrajo una tarjeta, escribió unas líneas y luego se la entregó a la mujer.

  - Vaya a esta dirección — indicó —. Se trata de un buen amigo mío, soltero y al que le hace falta alguien que cuide de su casa. Yo le llamaré, mientras, por videófono.
  - Ha sido un placer por mi parte, señor abogado-ventrílocuo — dijo.

Amanda sonrió, agradecida.

- Señora Kohler, avíseme cuando la muñeca esté .en condiciones — solicitó «Marty»—. Ella y yo hemos descubierto que nos amamos y ambos sabemos que la raza no tiene importancia. Gracias, señora.
- Es un charlatán incorregible, discúlpelo — dijo Jim.

Reanudó su camino y reprendió a «Marty». El perro se puso a silbar desvergonzadamente.

- Tendré que dejarte por imposible — se lamentó Jim.

Momentos después, llegaban a casa. Entonces, Jim se encontró con una sorpresa, en figura de mujer: Opal Byke.

CAPITULO III

- Aún no he podido conseguir el dinero que le debo
- dijo la muchacha, después de los primeros saludos —. ¿Ha oído hablar alguna vez de la pobreza absoluta?
- Pero, ¡si está riquísima!—exclamó «Marty».

Jim agarró al perro por el collar y lo encerró en uno de los dormitorios. Opal tenía fruncido el entrecejo.

- Hablaba en serio, Jim.
- Y yo también. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?
- Necesito un abogado. Si gano el pleito, podré pagarle. De lo contrario... ¿Tiene algún sombrero viejo en casa, para ponerme a pedir limosna en una esquina?

Jim se echó a reír.

- No se lo tome tan dramáticamente — dijo —. Primero, vamos a comer algo. Luego, con la tripa llena, hablaremos de su problema. ¿Le parece bien?
- ¡Magnífico! — contestó Opal.
- No se olviden de mí — d.ijo «Marty», desde su encierro.

Opal se echó a reír.

- Tiene usted un humor excelente, y a mí me hace falta un poco — dijo —. Hola, «Marty» — añadió, inclinada para acariciar la cabeza del can, al que Jim había vuelto a liberar.
- A ver si ayudas a esta chica tan preciosa, Jim. Se lo merece.
- ¿Dónde aprendió usted tan bien la ventriloquia?
- preguntó Opal.
- Oh, le viene de nacimiento — dijo el perro.
    - Será mejor que vayamos a la cocina — propuso el joven—. Y a ver si aprendes a mantener la lengua quieta, «Marty».
    - Sí, amo.

Media hora después, Opal, tras el almuerzo, se sentía mucho más confortada. Volvieron al gabinete de trabajo de Jim y ella extrajo unos documentos de un portafolios que había llevado consigo.Mientras comían, le había explicado sucintamente su conflicto. Una vez en el despacho, dijo:

- Ahí están todos los documentos referentes al caso, Jim. Aparentemente, todo se hizo con la más estricta legalidad. Pero fue un robo descarado. Mi padre no tenía que haber perdido nunca su negocio. Sin embargo, era el pez chico, y cayó en las

fauces del tiburón que es VanBruden...

Jim dio un salto en su asiento.

- ¿Ha dicho VanBruden?
- Sí. ¿Le conoce?
  - Un poco — sonrió Jim—. Opal, de momento no puedo anticiparle nada. Debo hacer un estudio a fondo de los documentos, a fin de plantear la reclamación con posibilidades de éxito. Supongo que no tendrá inconveniente en que me los quede.
  - Por eso se los he traído — contestó la chica.
  - Muy bien; entonces, déjelo en mis manos.
  - Si gana el pleito, podré pagarle la minuta, recuérdelo.
  - Eso me espoleará — dijo él jovialmente—. Y, hablando de otra cosa, Opal. ¿Cuánto necesita?

Ella se ruborizó.

- La verdad...

Jim hizo un gesto con la cabeza.

- Todavía tengo unos ahorrillos — manifestó. Extendió un cheque y sé lo entregó a la muchacha —. El Banco está dos manzanas más abajo. Aún está a tiempo de cobrarlo.
- Dios le bendiga, Jim —dijo Opal, muy conmovida—. Le pagaré...
- Hablaremos de eso cuando el juez haya dictado sentenciad Ahora, váyase; he de ponerme a estudiar los documentos inmediatamente.
- Sí, Jim. Adiós, «Marty».
- Has tenido suerte, muñeca; el jefe te sacará de apuros — dijo el perro.

Opal se echó a reír.

- Me voy mucho mejor que cuando vine — se despidió.
- «Marty» — dijo el joven, cuando se hubo quedado solo con el animal —, eres un perro muy mal educado. No puedo prohibirte que hables, porque eso sería vulnerar tus derechos caninos, pero, por lo menos, pórtate como...
- Como las personas, ¿no? Y, ¿qué soy yo ahora? Si tengo inteligencia, soy una persona, aunque mi figura sea la de un perro. Una persona, es decir, un ser humano, lo es por su facultad de discernimiento, lo que significa inteligencia racional, y eso no tiene que ver nada con el aspecto físico...
- Oh, cállate ya — exclamó Jim, exasperado —. Aquí, el único leguleyo soy yo, ¿entendido?

«Marty» levantó la pata derecha y se la puso junto a la oreja.

- ¡A la orden, señor!

Jim se echó a reír.

- «Marty», ¿crees que fueron aquellos extraterrestres los que...?
- Seguro, Jim, fueron ellos — contestó el perro muy seriamente.

Jim movió la cabeza, un tanto preocupado por lo que le sucedía. ¿De dónde había sacado él la facultad de entender unos abstrusos planos, con los que un inventor chiflado pretendía «solamente» duplicar o multiplicar las cosas de manera poco menos que mágica?Dejó aquellos pensamientos de lado. Ahora debía concentrarse en el estudio del litigio que debía plantear en nombre de Opal.Los documentos estaban unidos en una especie de carpeta, por orden de acontecimientos. Un minuto después, Jim había leído el primero.En total, eran sesenta y tantos folios. Le costó una hora. Cuando terminó, cerró los ojos un instante.Y entonces, enormemente asombrado, se dio cuenta de que era capaz de reproducir verbalmente cualquier párrafo de una página cualquiera, con absoluta fidelidad, sin omitir siquiera una sola coma. Su memoria se había hecho fotográfica, en el sentido literal de la palabra.Reflexionó durante un cuarto de hora, tratando de encontrar los fallos del caso. Luego se levantó y empezó a consultar sus libros de leyes.

* * *

Al día siguiente, por. Ia mañana, muy temprano, Jim tuvo que ir a la Biblioteca Pública. Uno de sus libros citaba algunos casos legales, que podían servirle como antecedentes para la sentencia que pensaba solicitar en favor de su cliente. Pero el libro que necesitaba estaba precisamente en aquella biblioteca y se pasó en ella toda la mañana.Al volver, pasada la una de la tarde, se encontró con que había tenido una llamada.

- Tu amigo Sep — dijo «Marty».
- ¿Qué quiere? — preguntó el joven.
- No me lo ha dicho, sólo soy un perro — respondió el animal con amargura.

Jim contuvo una sonrisa. Fue al videófono y marcó un número.El rostro de Amanda Kohler apareció a los pocos instantes.

- ¿Cómo está, señor Smith?
- Perfectamente, señora. ¿Puede avisar al señor Sliggerton?
- Sí, ahora mismo.

Sliggerton se hizo visible a los pocos instantes.

- ¡Jim, estoy en un apuro!—clamó.
- ¿Qué te sucede? ¿Has cometido un asesinato?
- No seas zoquete — refunfuñó el científico —. Tú me indicaste que debía usar hilo de noventa y cinco centésimas.
- Sí, es cierto.

- Bueno, resulta que es una medida poco común y no se fabrica más que en un sitio: «Componentes Electrónicos Byke». Pero la factoría está clausurada...

Jim se sobresaltó.

- ¿Cómo lo sabes? — preguntó.
- Pues... porque llamé y me contestó un tipo mal encarado, quien declaró ser el guarda, y que dijo que allí ya no se fabricaba nada, y que si quedaba algún material estaba en el almacén, y que tenía orden de no vender siquiera una docena de microcircuitos. ¿Qué te parece, muchacho?
- ¿Funcionaría tu chisme si te consiguiese el cable?
- Seguro, Jim.
- Muy bien. Tranquilízate, Sep; yo trataré de encontrar unos cuantos metros de cable. Ah, ¿qué te ha parecido el ama de llaves que te envié?

—¡Un ángel...! — exclamó Sliggerton, arrobado —. Ha dejado una casa que parece nueva, cocina maravillosamente...

- Y es guapa —rió Jim.
- Hombre, no me había fijado en eso, pero ahora que lo dices, sí, parece bastante atractiva.

«Estos sabios distraídos», pensó el joven. Alzó la voz:

- Sep, otra vez, si tienes algún recado para mí, dáselo a «Marty». Puedes confiar en él plenamente.
- Es sólo un perro...
- Inteligente como cualquiera de nosotros. Adiós, Sep.

Jim estaba seguro de que su amigo no había hecho mucho caso de la recomendación que acababa de hacerle con respecto al perro. Pero ahora lo importante era tomar contacto con Opal, cosa que consiguió a los pocos instantes.La respuesta que le di« muchacha no fue muy alentadora:

- Jim, lo siento, pero ese vigilante es hombre de la nómina de VanBruden.
- Y su padre, ¿no podría...?
- Murió hace un par de meses. Mamá está en la costa del Pacífico, en casa de una hermana... VanBruden fue tan rencoroso, que le embargó judicialmente, incluso la pensión del seguro de vida de papá. ¿O creyó que cuando le dije que necesitaba pedir limosna era una broma?

Había lágrimas en los hermosos ojos de la chica. Jim hizo un gesto afectuoso.

- Opal, tranquilícese; todo se arreglará — dijo—. Ah, mañana presentaré ya la demanda en el juzgado. Pasaré a buscarla, para ir juntos. ¿Entendido?
- Sí, Jim. Por favor, dígame, ¿cuál es su opinión sobre el caso?

El joven hizo con los dedos la señal de la victoria.

- Compre una escoba, para barrer lo que quede de VanBruden, cuando yo haya terminado con él — respondió.

* * *

Pasadas las diez de la noche, Jim se volvió hacia su perro:

- «Marty», ¿te gustaría dar un paseo?
- Encantado, amo —accedió el can, a la vez que abandonaba su cómodo almohadón—. ¿Adónde vamos?
- Lo sabrás por el camino. Y te daré instrucciones, además, para que me ayudes... a robar.
- Oh, te has vuelto ladrón.
- Sí, pero ladrón de los buenos, que roba a los ricos para darles a los pobres.
- Eres un tipo chistoso, Jim. ¿Qué es lo que tengo que hacer?
- Vamos andando, «Marty».

Una hora más tarde, se detenían en la explanada de una factoría, cuyas luces estaban casi apagadas por completo. Una voz surgió de las sombras, y su tono no tenía nada de amistoso:

- Eh, ¿qué hacen ahí? Están en un lugar privado. Márchense...
- Sólo dábamos un paseo, yo y mi perro — contestó Jim—. Oiga, ésta es la antigua factoría Byke, ¿no?

El vigilante surgió de la oscuridad. Era un tipo alto, recio, ancho de hombros y de expresión dura y hostil.

- Ahora pertenece a las empresas VanBruden — dijo.
- Un ladrón — calificó el perro.
- Cállate, «Marty».
- ¿Por qué he de callarme, si digo la verdad, Jim?

El vigilante pareció suavizar su actitud.

- Ventrílocuo, ¿eh?
- Un poco — admitió Jim con modestia.
- Sé contar hasta dieciocho mil trescientos setenta y dos —dijo el perro—. Pero ya no puedo pasar de esa cifra, no sé por qué.
- Tiene gracia —rió el vigilante—. Oiga, amigo, si usted quisiera, podría «forrarse»...
- También soy hipnotizador — manifestó el joven.
- No me diga. Una vez intentaron hipnotizarme, y no lo consiguieron. —El vigilante se golpeó su pechó con la mano—. Soy un hércules en Io físico, y tengo una tremenda potencia mental, capaz de resistir al mejor hipnotizador del mundo.
- Porque no se ha enfrentado conmigo — dijo «Marty», muy serio.
- A ver, pequeño, inténtalo.

«Marty» levantó la pata derecha y la movió en círculo.

- Duérmete — ordenó.

El vigilante se puso rígido instantáneamente.

- Una mente poderosa — dijo el perro, despectivo—. Ya lo tienes listo, amo.
- Gracias, «Marty».

Jim hizo un ademán con la mano derecha.

- Lléveme al almacén. Quiero diez metros de cable de noventa y cinco centésimas.
- Sí, señor —r contestó el hombre, que parecía un autómata.

Un cuarto de hora más tarde, Jim abandonaba la factoría con el rollo de cable colgando del hombro izquierdo,

- Olvide que hemos estado aquí — ordenó al vigilante.
- Bien, señor.

Jim y el perro se marcharon. Cuarenta y ocho horas más tarde, en medio de un entusiasmo delirante, Septimus Sliggerton anunció que su duplicador funcionaba a la perfección.

- Gracias a ti, Jim, gracias a ti — dijo —. Oye, ¿querrás encargarte del registro de la patente y demás aspectos legales de la cuestión? Ah, por supuesto, el veinte por ciento de los beneficios son para ti; de no haber sido por tu ayuda, yo estaría ahora como al principio, ¿comprendes?
- De acuerdo, empezaré a trabajar en el asunto inmediatamente. Oye, ¿qué tal el ama de llaves?
- Es una mujer maravillosa, Jim — contestó Sliggerton, con los ojos en blanco.

Jim se echó a reír, pero luego empezó a concentrarse en su trabajo. El juez había aceptado su demanda, en nombre de Opal Byke, y el juicio se celebraría a la semana siguiente.

•

CAPITULO IV

Sentada en uno de los bancos destinados al público, Pamela VanBruden sonreía burlonamente. Jim vio su expresión, y adivinó inmediatamente lo que pensaba aquella orgullosa joven, Pero lo que le satisfizo muy especialmente fue el hecho de que el poderoso Cyrus VanBruden estaba también presente en la sala de justicia, y que parecía muy preocupado por una demanda que, Jim lo había oído casualmente al pasar, nunca debió haber sido aceptada. Pero el juez se sentaba ya en su estrado, y el juicio dio comienzo.Dado que era un asunto civil, no había fiscal, Jim expuso su demanda,, y el abogado de la parte contraria, en su turno, declaró que era injustificada y que la propiedad de la cosa en litigio había sido atribuida a su cliente por una sentencia legal y con todos los pronunciamientos favorables.A su vez, Jim se levantó y dijo que en la redacción del contrato había existido mala fe, y que se proponía demostrarlo. El defensor declaró que el contrato ara inatacable jurídicamente, y que la demanda debía ser rechazada, corriendo a cargo del demandante las costas del juicio. .Entonces, Jim hizo actuar su artillería pesada, y empezó a citar casos precedentes, de contratos con cláusulas enrevesadas, con párrafos que podían tener doble significado y de artículos redactados en forma aparentemente correcta, pero perjudicial para una de las dos partes, la demandante en el presente litigio. Punto por punto, frase por frase, Jim rebatió una y otra vez los argumentos de la defensa, citando continuamente leyes que parecían olvidadas, pero que seguían vigentes, y sentencias dictadas precisamente para hacer cumplir dichas leyes.Fue una pieza maestra de oratoria jurídica. El juez le escuchaba, embelesado. En la sala reinaba un profundo silencio. Hasta el defensor del demandado estaba absorto.VanBruden tenía la boca abierta y la papada le temblaba ligeramente. En cuanto a la bella Pamela, estaba sin color, pasmada de asombro por la seguridad con que actuaba su ex-prometido y su facilidad de palabra, junto con la pasmosa memoria de que hacía gala durante su discurso.Al finalizar, Jim solicitó del tribunal la retroacción de la propiedad en litigio a favor de su cliente, y pidió una elevada cifra, como indemnización por daños y perjuicios, tanto morales como financieros.El juez golpeó la mesa con su mallete, y anunció que a la semana siguiente emitiría el veredicto. Pocos dudaban de cuál sería la sentencia.VanBruden se acercó al joven, que ya recogía sus documentos.

- Me has derrotado — admitió—. Pásate por mi despacho, quiero hablar contigo para solucionar este asunto de la mejor manera posible.

El joven sonrió.

- Ya conoce mi dirección —respondió—. Vaya a visitarme y anúncieme su llegada: estos días tengo mucho trabajo. Por lo demás, si quiere una solución para este asunto, devuelva la factoría a su legítima propietaria, y pague la indemnización solicitada.
- Es demasiado — se quejó VanBruden.

Jim reconoció íntimamente que -el financiero tenía razón. Había pedido una cifra muy elevada, en buena parte por resentimiento, pero la realidad era que la indemnización debía ser reducida a sus límites justos.

- Si reconoce su derrota, bajaré la cifra — dijo—.

Pero, naturalmente, mi cliente debe recobrar su propiedad.

- Sí, volverá a ser suya —suspiró VanBruden—. No entiendo cómo lo has conseguido. Tengo los mejores abogados del país, y tú los has apabullado, con un discurso brillantísimo. Antes no eras así, Jim.
- No, no era así — convino el joven, con una sonrisa —. Pero usted no quiso darme otra oportunidad.
- Ahora podríamos, tal vez...
- Prefiero trabajar independientemente. Gracias, señor VanBruden.

Pamela se había marchado ya de la sala. Por ello no pudo ver el cálido beso con que Opal agradeció la labor de su abogado.

- Jim, ha estado maravilloso — exclamó.
- No lo crea. Sólo he repetido lo que me enseñó «Marty». ¡Ese sí que es un abogado de los buenos!
- Siempre con sus bromas — rió ella —. ¿Me invita a almorzar? Ahora podré pagarle lo que le debo...

Galante, Jim ofreció el brazo a la muchacha.

- La satisfacción de la victoria me ha quitado el apetito, pero me alimentaré sólo con contemplarla a usted — dijo.
- La vista no alimenta, Jim.
- Sobre eso, hay opiniones... pero vamos ya. Al menos, tomaré una copa de champaña para celebrarlo.

Después del almuerzo, Jim hizo una proposición a la muchacha:

- El otro día le hablé de cable de noventa y cinco milésimas. Pude conseguirlo, pero usted no sabe cuál era su objeto.
- No, Jim. Dígamelo usted, por favor.

El joven levantó una mano para pedir la cuenta.

- Tenemos que ir a un lugar situado muy cerca del punto donde le presté a usted unas monedas para que pudiera continuar viaje — dijo.

* * *

- Le he cambiado el nombre — dijo Sliggerton—. Puesto que me permite repetir exactamente una cosa un número ilimitado de veces, ahora le llamo repetidor.
- Un nombre muy adecuado — convino el joven.
- Repetidor Sligg-Smith, ésa es la denominación adecuada, bajo la cual lo inscribirás en el registro de patentes. Y ahora...

Delante de aquella gran caja, había una plataforma de forma cuadrada, sostenida por cuatro patas cortas. En la parte superior de la caja, había una batería de focos, de unos doce centímetros de diámetro, ocho en total. La consola de mandos estaba separada a unos metros.Opal contemplaba, estupefacta, aquella serie de operaciones, que el científico realizaba con absoluta gravedad. Sliggerton colocó un jarrón con flores delante de la máquina, y luego se fue a la consola de mandos.Cuatro de los reflectores giraron para enfocar directamente el jarrón. Los otros cuatro apuntaban a la plataforma.Al cabo de unos segundos, Sliggerton anunció:

- ¡Empieza el experimento!

La caja tembló visiblemente. Ruidos extraños brotaban de su interior, mientras que los tubos flexibles que se perdían en el subsuelo, se agitaban como serpientes, aunque sin demasiada violencia. De repente, cuatro de los proyectores empezaron a despedir chorros de lo que parecía un polvo finísimo y multicolor.Un minuto después, aparecía en la plataforma otro jarrón con flores, exactamente igual al modelo. Pasados sesenta segundos, surgió el segundo jarrón.

- Y así, hasta el infinito, si lo deseas — dijo Sliggerton, después de cerrar el contacto.
- Nunca había visto una cosa igual — exclamó Opal, quien todavía no había salido de su asombro.
- Es que nunca, antes, se había construido nada semejante— sonrió Sliggerton—. Pero todo se lo debo a mi buen amigo Jim. De no haber sido por su ayuda, yo no habría acabado el repetidor.

- ¿Usted, Jim? Creí que era sólo abogado...
- Entiendo un poco de Física Superior — contestó el joven modestamente.

  Luego se volvió hacia su amigo.
- Sep, supongamos que quieres reproducir un aeromóvil. ¿Cómo lo harías, puesto que aquí no te queda espacio suficiente?
- Bueno, lo primero que debería hacer es construir un repetidor de mayor potencia, lo que implica un consumo de energía muy superior y, naturalmente, instalarlo en un taller más grande. Las limitaciones de reproducción de una cosa están sujetas a su tamaño y no a su complejidad.
- Entiendo — murmuró el joven—. Bueno, a partir de hoy, empezaré a preparar los documentos de la patente. Sep, ¿qué es lo que piensas reproducir a escala industrial?
- No lo he decidido todavía, Jim. Tendré que pensar en cosas útiles, por supuesto...
- Ese aparato le vendría muy bien al gobierno, para fabricar billetes y monedas — intervino Opal.
- Monedas, sí, pero no billetes, puesto que siempre reproduciría el mismo número de serie — puntualizó Sliggerton.
- Con lo cual, no sirve para los falsificadores de moneda — dijo el joven, riendo—. Bien, Sep, ¿no nos invitas siquiera a una taza de café?
- Aquí está — exclamó Amanda en aquel momento, a la vez que entraba en el taller, con una bandeja en las manos—. Señor Smith, me alegro mucho de verle.
- Digo lo mismo, señora Kohler. Ah, permítame que le presente a la señorita Byke.
- Mucho gusto — dijo la muchacha.
- ¿Qué tal? — sonrió Amanda—. ¿Han visto el aparato? El profesor me reprodujo ayer un par de platos que se me habían roto... Parece cosa de brujería, ¿no?
- En parte, sí, lo parece — contestó Jim.

  Pensaba en los extraterrestres. ¿Le habían infundido ellos los poderes casi sobrenaturales de que disponía actualmente? ¿Por qué su perro hablaba y se comportaba como un ser humano? Meneó la cabeza, mientras tomaba su café. Y se preguntó si volvería a ver algún día la extraña pareja de seres del espacio. Le gustaría preguntarles...
- Debemos regresar a casa — dijo Opal, interrumpiendo sus pensamientos.
- Sí, es cierto — convino él —. Sep, te llamaré en - cuanto tenga lista toda la documentación. Señora Kohler, encantado de saludarla.

- Ha sido un placer — contestó Amanda —. No ha traído su perro — añadió.
- Es un poco desvergonzado, y lo tengo castigado en casa — sonrió el joven.

* * *

De pronto, varias noches después, creyó oír ruido en la casa.«Marty», que dormía agazapado a los pies del lecho, se incorporó gruñendo sordamente.

- Ladrones, Jim — dijo.
- No te muevas — ordenó el joven.

Abandonó la cama y, descalzo, se dirigió a su despacho. Había luz, y dos hombres revolvían furiosamente sus papeles.

- Caballeros...

Uno de los intrusos se volvió y le apuntó con una pistola.

- Hermano, si se está quieto, no le pasará nada — dijo.
- Al menos, espero me indiquen qué es lo que buscan aquí — solicitó Jim.
- Lo mejor será que nos llevemos todos los papeles. Ya elegirá él los que le convienen.
- ¿Quién es «él»? — preguntó el dueño de la casa.
- Eso no le importa nada.
- Sí le importa — dijo «Marty».
- Tú, cállate; no eres más que un perro... — El intruso se pasó una mano por la cara—. Estoy diciendo tonterías, Burt — gruñó.
- Calma tus nervios, Tol ley — dijo el otro —. Señor Smith, gracias por la demostración de ventriloquia, pero no tenemos ganas de chistes.
- Lo que tienen son ganas de una buena patada en las posaderas — exclamó «Marty».

Burt era el de la pistola y se acercó al joven.

- O cierra el pico o le hago callar yo — amenazó.
- ¿Con esa pistola?
- Sí. ¿Es que no la ve?
- «Marty», es una pistola de chocolate — sonrió Jim
- A mí me parece de goma — contestó el perro.
- ¡Es una pistola auténtica!—chilló Burt.
- ¿A que no la deja caer al suelo?—le provocó Jim.
- Hazlo, Burt — dijo el otro—. Yo le apuntaré con Ia mía.
- Está bien.

Burt abrió la mano y la pistola cayó y rebotó un par de veces.

- ¡Diablos, pues es cierto! ¡Es de goma!
- Y la de Tolley también — sonrió Jim—, Dígame, ¿por qué están en mi casa? ¿Qué es lo que buscan?

- Nos ordenaron apoderarnos de unos papeles — dijo Burt.
- ¿Qué papeles?
- Se refieren a una patente... No sé más.
- Eso significa que alguien les ordenó entrar en mi casa.
- Sí, señor.
- ¿Quién?
- Se llama Grant Grey. Vive en la Cuarta Perspectiva, Sección diecinueve-A.
- Muy bien, chicos. Ya podéis iros. Cuando veáis al señor Grey, le diréis que esos papeles no estaban en casa.

  Los dos hombres se marcharon de inmediato, dejando las pistolas en el suelo, sin darse cuenta siquiera de que actuaban bajo hipnosis. Jim se pellizcó el labio inferior.
- «Marty», ¿qué opinas tú? — consultó.
- Está claro. Debes visitar a Grey y preguntarle por qué le interesan tanto los documentos de una patente que, me imagino, se refiere al repetidor Sligg-Smith.
- Es muy probable que tengas razón — admitió Jim—, Bien, dejaremos para mañana la visita al señor Grey. ¿Continuamos durmiendo?
- Sí, amo.

CAPITULO V

Jim trabajó durante gran parte del día, terminando j de preparar la documentación que debía llevar a la capital, en un plazo muy breve. Era casi de noche cuan- ¡ do se sentó en su aeromóvil.

Consultó el contador. Faltaban unas cuantas monedas, y las echó por la ranura. De este modo, se aseguraba el suministro de energía radiante, emitida por los I satélites que orbitaban en torno a la Tierra. Luego pro- I gramo el vuelo, captó la señal de «Todo en orden», y I dio el contacto.

Una hora más tarde, el aparato se posaba suavemente en el suelo. En el último tramo del vuelo, Jim habla I tomado el control manual, a fin de aterrizar a cierta distancia de la residencia de aquel desconocido Grant Grey, cuyas razones no acababa de comprender del j todo. Pero era indudable que la patente del repetidor I podía proporcionar enormes beneficios, sobre todo si I se empleaba de una forma poco ética.

La casa, rodeada por un amplio jardín, era grande, I lujosa. Jim pensó en las posibles alarmas eléctricas, y I trató de verlas. No le costó mucho desconectarlas. Aquellas alarmas ahorraban al dueño de la casa el mantenimiento de unos mastines, pero, al menos en aquella ocasión, Grey estaba completamente equivocado.

Jim avanzó, resuelto y tranquilo, a través del jardín. ¡ Estaba convirtiéndose en un superhombre, se dijo. ¿O no lo era ya?

En aquellos instantes, Grey estaba sentado en un diván, junto a una rubia de formas exuberantes, que parecía sentirse muy halagada de las atenciones de que era objeto. La rubia emitió un fingido gritito de sorpresa cuando el hombre le bajó uno de los tirantes del vestido y dejó al descubierto una blanca semiesfera, rematada por un disco rosado y picudo,

- Los he visto más atractivos — sonó una voz inesperadamente —. Eso parece más propio de una vaca.
  La rubia chilló, ahora de veras. Grey se puso en pie de un salto.
- ¿Qué diablos hace aquí? — exclamó.

- Me llamo Jim Smith y soy abogado.

Grey calló un instante. Luego chasqueó los dedos.

- Nena, déjanos solos, por favor.
- Sí, Grantie, ahora mismo...

La rubia desapareció a la carrera. Grey fue al bar que había en uno de los ángulos de la estancia, y se sirvió una copa.

- ¿Qué quiere tomar, Jim?
- No quiero beber con usted — respondió el joven secamente—. Sólo deseo que me diga por qué envió a unos rufianes a robar a mi despacho,
- Ah, Burt Pecker y Toiley Reeves. Dos buenos chicos, créame.
- Hay opiniones, Grant. ¿O prefiere que le llame Grantie, como lo hace su amiguita?
- A su gusto. Bien, necesito esos documentos, nada más.
- ¿Por qué?

Grey despachó la copa de un trago.

- Me interesan.
- A partir de ahora, ya no le interesarán.
- ¿De veras? — se burló Grey.
- Se lo ordeno.
- No me da la gana de acatar esa orden.
- Repito que...

Grey avanzó hacia el joven, y agarró su camisa con la mano izquierda.

  - Jim, los muchachos me contaron lo que sucedió — dijo agresivamente—. Usted les hipnotizó y consiguió que creyeran que sus pistolas eran de goma. Eso me dio tiempo a prepararme, ¿sabe? Porque, cuando me dijeron lo que les había pasado, presentí que tarde o temprano tendríamos que enfrentarnos. Y sus poderes psíquicos no sirven en mi caso.
  - Está equivocado...
  - No, no lo estoy. Es más, voy a serle sincero. Tampoco yo podría hipnotizarle a usted. Somos... dos fuerzas antagónicas e iguales en potencia. Mental, por supuesto. En cuanto a fuerza física...

De repente, Grey disparó el puño derecho y Jim creyó que le habían puesto un cartucho de dinamita en la mandíbula.

* * *

Cuando despertó, le pareció que llovía. Alguien estaba arrodillado a su lado, y le echaba gotas de agua en la cara, con los dedos, después de mojarlos en un vaso lleno de líquido.

- Le has dado bien, Grantie — dijo la rubia.

Jim se sentó en el suelo, y se tanteó la mandíbula.

- Voy a tener que entrenarme como boxeador — sonrió.
- Le aconsejo no se cruce en mi camino — advirtió Grey duramente—. Estoy interesado en esos documentos, y los conseguiré a cualquier precio.
- ¿Después de que hayan sido entregados en el registro de patentes?

Grey dudó un poco.

- Como comprenderá, no voy a contarle mis planes — respondió finalmente —. Ahora, por favor, lárguese. No me obligue a golpearle de nuevo.

Todavía tendido en el suelo, aunque apoyado en un codo, Jim volvió un poco el rostro y contempló el atractivo escote de la rubia. Luego la miró a los ojos durante un segundo.

- Está bien, me marcho — dijo.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

- Gracias por su ayuda, señora — se despidió.

El golpe había sido efectivo, reconoció, mientras cruzaba el jardín, En el interior de la casa, la rubia recogía su bolso y su capa de pieles.-— Me marcho, Grantie — anunció.

- ¿Así, sin,..?
- No quiero que mi esposo sospeche nada — respondió ella.
- ¡No me dijiste que estabas casada! —vociferó Grey.
- A veces, me falla la memoria. Adiós, Grantie.

Al quedarse solo, Grey lanzó una maldición.Después del fracaso de sus dos secuaces, había sospechado lo que podía sucederle, y se había preparado para la entrevista que se había producido incluso antes de lo que esperaba, Pero sabía que no podría actuar nuevamente de la misma forma, sin la ayuda debida.Empezaría a actuar a la mañana siguiente, pensó, frustrado por la inesperada marcha de la rubia. La visita de Jim Smith, si bien había servida para clarificar en parte las respectivas posiciones, le había estropeado la velada.Lo que Grey ignoraba era que la rubia, en aquellos momentos, se acomodaba en el asiento del aeromóvil, junto a su piloto.

- Aquí estoy, buen mozo — dijo alegremente.
- Gracias — sonrió el joven—, Ya sabes que me llamo Jim Smith. Y no es un seudónimo, te lo aseguro. ¿Cómo te llamas tú?
- Raquel Vargas. ¿Adónde vamos?
- A mi casa, si me aceptas una copa.
- Con muchísimo gusto, Jim.

* * *

Tres horas más tarde, Raquel lanzó un grito:

- Basta, Jim... Por favor, no puedo más...
  El joven se recostó sobre un codo, y miró sonriendo a la hermosa mujer que tenía al lado, en su cama. En medio de todo, era una bonita venganza, por el puñetazo recibido aquella misma noche.
- Eres, Oh, no sé cómo decirlo, —suspiró ella—.
  Nunca me había encontrado con un hombre como tú. Ardiente, infatigable...También Jim estaba sorprendido, aunque procuraba ocultarlo. Se consideraba un hombre normal en todos los aspectos, pero, a partir de la entrevista con los extraterrestres, sus facultades habían sufrido un cambio radical.
- Nena, tenemos que hablar —dijo,
- Sí, cariño.
- Has visto mi encontronazo con Grey.
- Es un tipo muy duro.
- Lo sé. Aún me duele la mandíbula. Pero he apreciado en él algo que me preocupa considerablemente. · —¿Sí? ¿De qué se trata?
- ¿Sabes si Grey es capaz de hipnotizar a las personas?
  Raquel se sentó bruscamente en la cama. Sus senos oscilaron vivamente.
- Cuando llegué, me dijo que quizá recibiera una visita, aunque más bien esperaba que fuese mañana. Por lo visto, te anticipaste...
- Sí. Y, ¿qué más?
- Se reía como un loco. Dijo que había estado visitando a un psiquiatra conocido suyo... Tiene un nombre muy enrevesado y, según me contó, cura a la gente por la hipnosis...
- ¿Cómo se llama? Procura recordarlo, por favor.
  Raquel se puso las manos en la frente. Jim se dijo que debía ayudarla.
- Ah, sí — exclamó ella súbitamente—. Doctor Browahlock. Pero no sé dónde vive...
  Jim se echó a reír, y abrazó a la joven, haciéndola quedar encima de él.
- No te preocupes, nena; con ese nombre, es fácil encontrar a la persona que lo utiliza.
  Mordisqueó los labios jugosos y cálidos de Raquel. Ella se quejó.
- Jim, bandido, me vas a matar...
- Seguro, nena, seguro.

* * *

Jim se levantó muy temprano. Raquel dormía todavía. El se preparó un café y luego se dirigió hacia la puerta.

- «Marty», cuida de la señorita Vargas — dijo.
- Descuida — respondió el perro —. Vaya nochecita de juerga, ¿eh? A veces, los humanos sois peores que nosotros.
- El cuerpo me pedía un poco de movimiento. No es malo, supongo.
- Si lo supiera Opal...

Jim se volvió de repente, ya con el pomo en la puerta.

- A ver si mantienes el pico cerrado — gruñó.
- No soy un loro — contestó «Marty», con acento de herida dignidad.

Treinta minutos después, Jim llamaba a una puerta, en la que había una placa metálica con un rótulo en letras negras: «Dr. E. Browahlock, Psiquiatra». Alguien abrió a los pocos segundos.Era un hombre alto, robusto, con turbante hindú, piel aceitunada y dos pendientes de oro en las orejas.

- ¿Señor?
- Deseo ver al doctor — dijo Jim.
- Imposible, señor. El doctor no recibe a estas horas...

Jim levantó la mano derecha, y la hizo oscilar ante el rostro del sirviente.

- Apártese a un lado y quédese quieto — ordenó.
- Sí, señor.

Jim cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. La decoración del apartamento estaba pensada para impresionar a la clientela. Grandes cortinajes rojos, con bordes de flecos de oro, enormes muebles, sillones mullidos y reproducciones de cuadros antiguos, entre los que destacaba la «.Lección de Anatomía», de Rembrandt.«El tipo gana dinero», pensó.Entró en el dormitorio. Browahlock dormía profundamente, con la cabeza situada bajo la almohada. Jim se inclinó y le arreó una tremenda palmada en el trasero.Sonó un chillido. El psiquiatra se sentó de golpe en el lecho.

- ¡Ahmed! ¿Qué modales...?
- Hola, matasanos — sonrió Jim. De pronto, lanzó un potente dardo mental y el médico se quedó rígido —, Quiero que me conteste a unas preguntas, ¿entendido?
- Sí, señor.
- Le ha visitado un hombre llamado Grant Grey.
- Sí.

. — Usted le enseñó la forma de hipnotizar a las personas.

- En cierto modo.
- ¿Cómo?

- Le hice un traspaso parcial de mis poderes.
- Ah, comprendo. Y eso, ¿dura mucho?
- Un día, dos como máximo. Depende del sujeto...
- Una respuesta muy interesante. ¿Le dijo Grey para qué quería adquirir esa facultad?
- No fue demasiado explícito.
- Bien, cuénteme lo que sepa.
- Dijo que estaba interesado en un aparato científico de gran valor, y que tenía poderosos enemigos que querían arrebatárselo. Ya habían intentado robarle los planos, y deseaba contrarrestar los propósitos de sus enemigos.
- ¡Qué embustero! — se escandalizó Jim—. ¿A qué se dedica Grey?
- Servicios privados.
- ¿Cómo se digiere eso?
- Bueno, usted tiene interés en una cosa, y le encarga a Grey que se la consiga. Lo hará, pero tendrá que pagarle una suma muy elevada por ese servicio.

Jim dedujo en aquel instante que Grey actuaba por cuenta de otra persona. Pero el tipo debía de ser lo suficientemente discreto como para no mencionar el nombre de su «cliente».«Bueno, ya se lo preguntaré, cuando volvamos a vernos», se dijo.

- Doctor, olvide mi visita. No repita la operación mental con Grey — ordenó.
- Sí, señor.

Cuando salía de la casa, Jim volvió a pensar, una vez más, en los extraterrestres. ¿Qué fantásticos poderes poseían aquella pareja? ¿Cómo era posible que hubieran conseguido transformarle a él de una forma tan extraordinaria? ¿Y «Marty»? ¿Por qué se había vuelto,- de repente, un ser inteligente, sin perder su figura canina?Movió la cabeza. Aún era pronto, pero presentía que habría una nueva entrevista con los extraterrestres.

CAPITULO VI

«Marty» le recibió con una risita socarrona.

- ¡Menudo jaleo, chico!

Jim se quedó parado en el centro de la sala.

- ¿Qué ha pasado, «Marty»?
- Te juro que yo no tengo la culpa. Ella vino, dijo que tenía que decirte algo muy importante, yo le dije que estabas durmiendo, ella dijo que ya era hora de que te levantases... ¡y entró en el dormitorio!

Jim cerró los ojos un instante.Tragó saliva.

- Sigue — pidió, con voz débil.
- Bueno, ahora soy inteligente, pero no puedo empuñar una escoba. De lo contrario, ya habría barrido los pelos que se arrancaron la una a la otra.
- Encontró a Raquel en la cama.
- Con traje de Eva, y suspirando en sueños por ti. Imagínate el resto.
- No quiero imaginármelo — gimió el humano —. ¿Qué más?
- Bueno, ella, digo, Opal, se largó. Raquel se vistió y se marchó, echando pestes. Oye, ¿no me sacas a pasear un poco?
- Está bien, vámonos, «Marty». Pero no hables durante el paseo.
- Me comportaré como un perro — dijo «Marty», muy digno.

Media hora más tarde, volvieron a casa. A.I abrir, Jim oyó el zumbador del videófono, y corrió hacia el aparato. Se disculparía con Opal, le contaría lo que había sucedido en realidad...Pero no era Opal.—Jim, estoy alarmado — dijo Sliggerton.

- ¿Qué te sucede? — preguntó el joven.
- He visto unos tipos sospechosos, merodeando por las inmediaciones. Su aspecto no me gusta nada.
- Hombre, llama a la Policía...
- No me gustaría divulgar el secreto del repetidor antes de tiempo. Y, la verdad, temo que esos tipos estén preparando un asalto a mi taller.

Jim meditó durante unos segundos.

- Sep — dijo, al cabo —, no te muevas de ahí. Iré lo antes posible, aunque me parece que tardaré un par de horas. ¿Qué armas tienes a mano?
- ¿Armas? Por favor, Jim, yo nunca...
- Escucha. Busca un trozo de cable conductor lo más largo que puedas, conecta un extremo a una toma de corriente, y deja los dos hilos del otro separados, pero sin aislante. Si puedes, construye una horquilla con dos palos, separados unos doce o

quince centímetros. Te aseguro que al que toques con ese aparato, dará un buen salto.

- No es mala idea; empezaré ahora mismo. Pero date prisa, Jim.
- Iré lo antes que pueda, Sep — prometió el joven.

Pulsó el interruptor del videófono,* y se dirigió hacia la salida.

- ¡Vamos, «Marty»!

* * *

El vendedor se mostró receloso, cuando Jim formuló sus deseos.

- Le costará caro, hermano.
- Mi jefe tiene «pasta», muchacho — intervino el can-—. ¿Qué le pasa, no confía en el hombre que ganó el pleito a VanBruden?
- Ah, es usted... Oiga, su perro habla — exclamó el vendedor, alarmado.
- Sólo cuando yo le doy permiso. Vamos, suelte ese trasto y tome el cheque. Compruebe la firma por videófono.
- Sí, claro...

El hombre que vendía toda clase de aeromóviles, biplazas, para cuatro personas, familiares y de carga ligera y pesada, se rascó la nuca, miró al perro, sentado sobre sus patas traseras y, al fin, entró en el despacho. A los pocos momentos, salió con unos cuantos papeles en las manos.

- Fírmelo y será suyo — dijo.
- Gracias.

Momentos después, Jim se sentaba ante los mandos de un aerofurgón de carga. Probó los mandos, introdujo una serie de monedas en la ranura del contador y, cuando vio la luz verde, empuñó la palanca de control, pisó un pedal con el pie derecho, y el aparato se elevó instantáneamente. Era un tipo anticuado, por lo que carecía de programador de ruta, Io que obligó al joven a pilotar durante todo el trayecto. No obstante, el radar anticoxisión funcionaba perfectamente, lo que le garantizaba la seguridad al evitar choques contra otros aparatos.A medida que se alejaban, disminuía el tránsito. Poco después, Jim pudo lanzar el aparato a la máxima velocidad. Sin perder de vista los instrumentos, hizo funcionar el videófono de que estaba provisto el vehículo.El rostro de Opal apareció a los pocos instantes en la pantalla.

- Ah, es usted, sátiro lujurioso. No sé cómo se atreve todavía a mirarme a la cara...
- Opal, se equivoca. Esa chica era mi prima.
- Y yo, su venerable abuelita — contestó ella sarcásticamente—, Me la encuentro en su cama, con menos ropa que Venus Afrodita saliendo del mar, llamándole en sueños, y todavía tiene la desvergüenza...
- Estaría soñando, mujer. ¿Qué culpa tengo yo? Vino a la ciudad, no tenía alojamiento, y se hospedó en mi casa. Hace años, es cierto, tuvimos un pequeño romance, pero ella se casó luego con un amigo que, casualmente, también se llamaba Jim. Su marido y los dos niños murieron en un terrible accidente... ¿Cree que eso se olvida tan fácilmente?
- Pobre-chica — sé compadeció Opal—. Tan joven, sin marido, sin hijos... Y yo la he tratado tan... tan...
- Es una mujer muy comprensiva. Ya hablaré con ella cuando la vea. Ahora, vaya inmediatamente a la casa de mi amigo Sliggerton. Necesito su ayuda, ¿comprende?
- ¿Qué es lo que sucede, Jim?
- Las paredes oyen — dijo él, melodramáticamente—. Se lo contaré allí.
- Muy bien, iré en seguida.
- Conque tu primita, ¿eh? —dijo «Marty», sarcástico—, Tienes una cara que parece de cemento, amo.

  Jim lanzó una fuerte risotada.
- Algo tenía que decirle, ¿no?
- Todos los hombres sois iguales. Si supiera la verdad...
- «Marty», si te vas de la lengua, te enviaré a la perrera pública. ¿Sabes lo que hacen allí con los canes abandonados, sin dueño?
- Callaré, jefe, te lo prometo.
- Eso está mejor.
- Pero, al menos, puedo expresar mi opinión cuando estemos solos.
- De acuerdo. Tienes tus derechos... pero si no te callas, la perra de la señora Kohler se enterará de lo que hiciste hace unos meses con aquella «setter» irlandesa...
- No, no se lo digas. Esa hembra me gusta un rato, y no quiero que me desprecie.
- Muy bien, «Marty».

  El perro meneó la cola.
- ¿Amigos, jefe?
- Amigos, «Marty».

* * *

El aerofurgón se posó en el suelo, delante del taller. Sliggerton salió a la puerta y se quedó estupefacto al ver aquel enorme vehículo.

- Pero, Jim...

  --Tenemos que sacar tus trastos de aquí —dijo el joven.
- Pesan mucho — objetó Sliggerton.
- Me lo figuraba. Por eso compré un furgón con grúa y pala cargadora.
- Te habrás gastado mucho dinero...
- Ya me lo devolverás algún día, Sep.

  De pronto, se oyó un alegre ladrido. «Marty» echó a correr detrás de la «foxterrier». Amanda apareció a los pocos momentos, con una bandeja en las manos.
- ¿Cómo está, señor Smith?

  -—Es un placer, señora Kohler — saludó el joven—. Gracias por el café; llega en un buen momento.Amanda se marchó en seguida. «Marty» y la perrita correteaban por el jardín. Al terminar su taza de café, Jim se asomó al taller, a fin de estudiar la situación.
- Sep, esto no va a ser fácil, pero hemos de hacerlo antes de que se acabe el día —dijo.
- De acuerdo, pero ¿adónde lo llevamos?
- Estoy aguardando a Opal Byke. La he citado aquí y...
- Nosotros hemos llegado antes — sonó, de pronto, la voz de Burt Fecker.

  El hombre estaba en la puerta, con una pistola en la mano. Tolley Reeves apareció a continuación.
- Todavía no ha empezado la fiesta, me imagino — sonrió.

* * *

Sobrevino una corta pausa de silencio. Jim frunció el ceño. Tanto Reeves como Fecker llevaban unos extraños gorros, con visera, que parecían hechos de red de malla muy fina.

Fecker tocó el suyo con el índice izquierdo.

- Protectores contra el hipnotismo — dijo.
- Anulan las ondas mentales hostiles — añadió Reeves.
- Tipos listos — sonrió Jim—, Bien, ¿se puede saber ahora lo que quieren?

- Eso — señaló Fecker con la mano.
- No les pertenece.
- Somos ladrones.
- De nacimiento.
- ¡Qué simpáticos! — gruñó Jim —. Sep, ¿tienes la horquilla para heno?
- ¿Eh? ¡Oh, ah, sí!—exclamó Sliggerton—. Aquí está...

Fecker contempló el artilugio con curiosidad.

- ¿Una horquilla para el heno... aquí?
- Eléctrica — dijo Sliggerton—. ¡Pruébela!

El cable, con los extremos pelados, voló por los aires y chocó contra la pistola de Fecker. Un vivo chispazo saltó en el acto y el sujeto gritó y se agitó convulsivamente, a la vez que soltaba el arma.Reeves les apuntó con su pistola.

- ¡Quietos!
- Detrás de usted, hay otra horca eléctrica — dijo Jim.

El sujeto volvió la cabeza un instante. Fue suficiente para que Sliggerton, dando pruebas de una agilidad increíble, le arrojase el artefacto a la mano. Una segunda pistola cayó al suelo.

- Será mejor que nos larguemos — dijo Fecker, a la vez que daba media vuelta y echaba a correr.
- Volveremos otro día, con mejores armas — gritó Reeves

Jim se lanzó detrás de los dos hombres. De pronto, Fecker lanzó un chillido:— ¡Nos han robado el aeromóvil!— ¡Corre, estúpido; no te pares!—dijo su compañero.

A Jim se le hacía muy raro todo aquello. Los dos sujetos corrían desesperadamente. El les siguió de cerca, pero pronto supo que le resultaría difícil alcanzarles a pie. Además, la protección que se habían puesto en la cabeza, le impedía influir en sus mentes.— Si pudiera volar... — masculló.Y, de pronto, se encontró en el aire.

CAPITULO VII

Realmente, no volaba, sino que se desplazaba horizontalmente, a pocos palmos del suelo. En una fracción de segundo comprendió que aquello que le ocurría no era sino la consecuencia de los poderes que le habían traspasado los misteriosos extraterrestres.Su desplazamiento era idéntico al que realizaría de hallarse en una plataforma volante, puesto de pie sobre la misma. Pero, al darse cuenta del nuevo desarrollo de sus facultades, decidió actuar con un poco de humorismo. Se inclinó hacia adelanté, movió los brazos como si fuesen alas, y «aceleró» su marcha, hasta rebasar a los dos fugitivos,

- Hola, chicos — dijo alegremente—. No se cansen en correr; yo soy cien veces más rápido que ustedes.

Hizo unas cuantas piruetas en el aire, se elevó a cuarenta o cincuenta metros y luego descendió en picado, a toda velocidad. Reeves chilló, a la vez que saltaba, para evitar el encontronazo que estimaba inminente.Fecker, enloquecido por el pánico, continuaba corriendo. Jim se emparejó con él, sin dejar de mover los brazos.

- ¿Hablamos, Burt?

El hombre volvió la cabeza un poco. Luego, de pronto, dejó de correr y se tumbó sobre la hierba.

- Máteme, no pienso resistirme ·— dijo.

Jim suspendió el aleteo, pero quedó en pie, a dos palmos del suelo.

  - Vamos, Burt, no te lo tomes tan a pecho. Volar no es tan difícil; sólo requiere un poco de práctica. Te enseñaré si me dices qué es lo que andas buscando.
  - El... el repetidor...
  - Ah, me lo figuraba. Por orden de Grey, supongo.
  - Sí, señor.
  - Grey, tengo entendido, es director de una agencia de servicios privados.
  - Sí, pero no me pregunte más, porque él no suele decir nunca quién es su cliente.
  - De modo que tiene un cliente.

Fecker se sentó en el suelo.

- ¡Diablos!—masculló—. Claro que sí. De lo contrario, ¿qué le puede importar a él ese artefacto?
- ¿Qué sabes tú del artefacto, como lo llamas?
- Repite las cosas.
- Como los niños, cuando aprenden a hablar.
- No, hombre. Quiero decir que las fabrica igual que el modelo.

- Oh, muy interesante. Burt, ¿hacemos un trato?
- ¿Qué trato? — preguntó el sujeto.
- Mil neodólares, si me dices quién es el cliente de Grey.
- Pero no lo sé...
- Averígualo, ¿eh?
- Soy empleado de Grey — se defendió Fecker.
- Sí, un empleado muy especial. Pero puedes acabar muy mal, si no te pones de mi lado.

  De pronto, Jim bajó al suelo, agarró al sujeto por los brazos y lo levantó a unos veinte metros de altura.
- La próxima vez que nos encontremos, si me apuntas con una pistola, te agarraré así y luego te soltaré, ¿estamos?

  Fecker miró hacia abajo y se puso a llorar.
- Haré lo que me pide... pero resultará muy difícil...
- Más difícil sería para ti bajar sin hacerte daño, sí yo te soltase.

  Jim descendió suavemente y soltó al individuo. A pocos pasos de distancia, Reeves contemplaba la escena con aire estúpido, la mandíbula inferior colgando y los ojos abiertos como platos.
  - Y eso también va para ti — dijo, amenazándole con el índice —. Lleváis protectores contra las ondas mentales, de modo que no habéis visto cosas que yo haya proyectado en vuestros cerebros. Puedo volar... y puedo destrozaros, si es preciso.

  Separó los brazos del cuerpo, empezó a moverlos y regresó volando a toda velocidad hacia el taller.
- Burt, yo me retiro del oficio — gimió Reeves —. Esto no me había pasado nunca...
- Tampoco a mí, pero, si conseguimos la información, nos esperan mil «pavos».
- Bueno, eso parece que cambia un poco las cosas, pero, de todos modos, Grey es muy reservado...
- Yo sé dónde tiñe su archivo particular. Anda, vámonos.
- ¿Sin aeromóvil?
- Alguien nos jugó una mala pasada. Ese hombre volador podrá ayudarnos en ese sentido. Vamos de una vez, demonios.

* * *

Jim llegó frente al taller, dio una vuelta en el aire y luego se posó suavemente en el suelo.

- ¡Hola! — saludó jovialmente.

Opal aplaudió.

- Magnífico. ¿Cuándo te dedicas al circo, Jim?
- Un día de éstos, preciosa — contestó él —. Sep, ¿empezamos?
- Sí, ahora mismo. Pero aún no sé dónde hemos de llevar los aparatos...
- Opal, ¿podemos utilizar tu factoría?
- Claro. Ahora no hay nadie. Aquello está abandonado, salvo el vigilante nocturno. El que había trabajaba para VanBruden, se marchó. Tuve que contratar otro...
- Entonces, no perdamos más tiempo.

Jim echó a andar hacia la casa, pero, de pronto, se volvió hacia la muchacha.

- Opal, ¿por qué fuiste a verme esta mañana?
- Oh, quería decirte que te necesito para un contrato de participación en el repetidor Sligg-Smith,

-- ¿Cómo?

- Bueno, tú me explicaste el asunto y me interesó. VanBruden fue tan ruin, que desmanteló por completo mi factoría, y ahora no quedan allí más que algunos repuestos sin importancia. Francamente, yo no sabría ponerla en marcha nuevamente y he pensado que, asociándome con Sep, podría obtener un saneado beneficio, cuando el aparato empiece a producirse en serie.
- No está mal pensado. Pero un negocio semejante, precisa de un capital inicial muy considerable...

Opal sonrió.

- Conseguiste una defensa favorable a mis intereses. VanBruden ha pagado la indemnización. Nueve millones y medio de neodólares.

Jim silbó.-A mí me va a dar algo--dijo.

- Es una joven muy rica. En todos los sentidos — intervino «Marty».
- «Marty», esa lengua — se picó la muchacha.

Jim se echó a reír.

- Es todo un personaje — observó. De pronto, vio a dos individuos que se acercaban a pie—, ¿Qué quieren esos tipos? — masculló.
- Les quité el aeromóvil — explicó Opal —. Está al otro lado del taller.
- Chica lista — calificó él. Dio unos pasos y señaló con el pulgar hacia la parte trasera del cobertizo—. No se olviden el trato, amigos.
- Haremos lo que podamos — prometió Fecker.

Aquella misma noche, el repetidor, con todos sus aparatos

complementarios, quedaba instalado en una de las naves vacías de la fábrica. Al terminar, todos se sentían muy cansados.Sliggerton dijo que dormiría unas horas en cualquier parte, ya que no quería abandonar sus preciosos aparatos. El guardián contratado por Opal, y él, vigilarían, por turno. Jim, Opal y el perro se marcharon en el aeromóvil de la muchacha.

- Te llevaré a casa — dijo ella.
- Gracias, encanto.

Jim apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

- He trabajado duro, y no estoy acostumbrado al ejercicio físico— suspiró.
- Sí, volar cansa un poco — dijo Opal burlonamente—. ¿Te costó mucho aprender a volar?
- Oh, es muy sencillo. Basta con proponérselo.
- Jim, ¿de dónde has sacado esas extraordinarias facultades? — murmuró Opal —. Tu perro habla, es inteligente... ¿Qué os ha sucedido?
- Algún día tendré la respuesta. Cuando vea de nuevo a los extraterrestres.
- Sigues creyendo qué fueron ellos, ¿eh?
- No puedo concebirlo de otra manera. Yo era un hombre corriente, como millones... y de pronto, sé encontrar el defecto que impedía el funcionamiento del repetidor... me convierto en un «as» de la oratoria forense, puedo dar órdenes mentales a las personas, vuelo... Quizá, dentro de un millón de años, los hombres puedan hacer esas cosas, después de una evolución natural, lo mismo que ahora construimos aeromóviles, cuando hace un millón de años aprendíamos a encender el fuego.
- En resumen, te has adelantado un millón de años a tu época.
- Lo que he dicho sólo son especulaciones. No soy capaz de predecir el futuro.
- Puesto que tienes esas facultades, podrías intentarlo...
- ¡Ni lo sueñes! Y si he hecho cosas extraordinarias, ha sido por pura necesidad, no porque me guste especialmente.
- A mí, en cambio, me gustaría volar.
- ¿No vuelas ahora?
- Como tú, tonto. —Opal hizo una pausa y luego preguntó — : ¿Querrás disculparme con tu prima?

Jim estaba distraído.

- ¿Qué prima? Yo no tengo ninguna...

De pronto, se dio cuenta del enorme desliz cometido. Opal lanzó un grito de rabia,

- ¡Me has engañado, miserable!

Inesperadamente, abrió la portezuela del lado derecho y

ladeó el aparato. Jim emitió un chillido al sentirse lanzado al espacio.

- Pero, ¡qué bruta! — se escandalizó «Marty».
- Cállate o te tiro a ti también — dijo ella, muy furiosa.
- Me estás tratando como un perro, y eso no está bien — se ofendió «Marty».

Opal, furiosa, aceleró la marcha.

- Te dejaré en la puerta de casa —dijo secamente.

Mientras, Jim descendía al suelo con gradual lentitud. Cuando puso los pies en la acera, un guardia le miró incrédulamente.

- ¿Ha perdido el paracaídas, amigo? — preguntó.
- Me dieron uno, defectuoso. Mañana iré a reclamar a la fábrica — contestó el joven desenvueltamente.

Y, con las manos en los bolsillos, se alejó, a la vez que silbaba una alegre melodía.El guardia se dijo que debía callar lo que había visto. Nadie le creería. Por el contrario, pensaran que se había tomado una copa de más, durante su horario de servicio. Y eso podía resultarle muy perjudicial.De súbito, a unos cien pasos de distancia, Jim dejó de silbar y se paró en seco.Acababa de reparar en un detalle, que le había pasado desapercibido hasta aquel momento.¿Cómo sabía Grey que su amigo había construido un repetidor? Y, ¿quién le había informado del lugar exacto donde podría encontrarlo?

* * *

Burt Fecker encendió la luz y movió la cabeza, haciendo un gesto significativo a su compinche. Reeves entró en la habitación y cerró la puerta.— Allí está la caja fuerte —dijo el primero.. En silencio, pasados algunos segundos, reanudó su camino. Era un descubrimiento muy preocupante, nada agradable.

- Pero no conocemos la combinación — alegó Reeves.
- Yo la sé. Lo que sucede es que nunca se me había ocurrido...

Avanzó hacia la caja fuerte y puso su mano en la rueda de las cifras. Cuando empezaba a hacerla girar, oyó una voz a sus espaldas:

- Si hay algo que deteste en este mundo, son los traidores — dijo Grey.

Fecker se quedó helado. Antes de que pudiera moverse, una bala le atravesó el cráneo.Reeves alzó las manos de inmediato.

- No tire, jefe — suplicó.

Grey frunció el ceño.

- Debiera matarte a ti también, pero te necesito. Debes declarar que sorprendimos a Burt cuando pretendía robarme,

¿entendido?

- Sí, sí, lo diré así…
- Esa declaración es tu seguro de vida, no lo olvides— dijo Grey ominosamente—. Anda, llama a la Policía.
- Sí, señor — contestó Reeves.

CAPITULO VIII

Jim se enteró del suceso cuando ya estaba en el cohete transcontinental que lo llevaba a Washington, a fin de registrar la patente de su amigo.

Fecker haba muerto cuando intentaba robar a Grey. Reeves lo había corroborado. A Jim le parecía todo aquello muy raro.

Para él, Reeves había declarado obligadamente en favor de Grey. Lo mismo habría sucedido, si Fecker hubiera sobrevivido y Reeves fuese el muerto. Pero no cabía la menor duda: Grey esperaba una cosa así.

¿Cómo podía estar tan bien informado de sus movimientos?

Lo averiguaría a su regreso, decidió. El aparato inventado por su amigo era, literalmente, un manantial de dinero, aunque no reprodujese siquiera una moneda de un centavo. Alguien estaba muy interesado en conseguir el repetidor. Grey actuaba por cuenta de aquella persona desconocida, cuya identidad no alcanzaba siquiera a imaginarse.

Una vez llegado a la capital, inició los trámites correspondientes. Al día siguiente se efectuaría la inscripción reglamentaria. Entonces, podría regresar y...

«Tendré que enfrentarme con Grey», pensó, ceñudo, mientras se metía en la bañera del apartamento que había tomado en un hotel.

Media hora más tarde, pidió que le sirvieran el almuerzo en su cuarto. Una camarera apareció a los pocos minutos. Jim le dio una buena propina y luego empezó a comer con gran apetito.

Al terminar, se dijo que le sentaría bien un ratito de siesta. Estaba a punto de acomodarse en un diván, cuando, de pronto, llamaron a la puerta.

Maldiciendo al importuno, cruzó la sala y abrió. Dos hombres de uniforme, uno de ellos con galones, aparecieron ante sus ojos.

- Señor Smith, James Lansing — dijo el sargento.
- Sí, en efecto — contestó Jim.
- Lo. siento mucho, señor. Debo anunciarle que tengo un. mandato de arresto contra usted.

Jim respingó.

- ¿Por qué? No he cometido ningún delito...
- Si lo prefiere, puede callar, pero Ia orden de arresto es contundente.— El sargento miró un documento que tenía en la mano —. Se le acusa de haber robado unos aparatos, propiedad de Septimus Sliggerton, así como de la apropiación ilegal de los planos y demás documentos necesarios para registrar la patente a su nombre.

El policía guardó en el bolsillo el documento legal.

- Esa es la acusación, señor — concluyó.

Jim se sentía aturdido.

- No es posible que mi amigo Septimus...
- Lo siento mucho, señor. El mandato fue expedido a petición, precisamente, del señor Sliggerton. ¿Quiere acompañarnos, por favor? Le agradecería infinito no opusiera ninguna resistencia...

Jim reflexionó.No, Septimus no era el autor de una jugada semejante, aunque figurase como denunciante. Todo era cosa de Grey... y tal vez del maldito doctor Browahlock.Sliggerton era un amigo leal. Jamás haría una cosa así, decidió finalmente.Sonrió.

- Sargento, lo siento mucho, pero me voy a ir volando — anunció.
- Celebro su buen humor, señor Smith —dijo el policía, sonriendo también.

Pero, de pronto, abrió la boca.El apartamento disponía de una amplia, terraza, abierta en aquellos momentos. Jim dio media vuelta y se lanzó hacia adelante.Volando.El agente que acompañaba a! sargento se frotó los ojos.

- No, eso no es posible...

El sargento parecía petrificado. Jim, ya en el aire, fuera de Ia terraza, se detuvo un momento, en posición casi horizontal, moviendo los brazos como si fuesen alas.

- ¡Volar es fácil; sólo se necesita intentarlo! — se despidió alegremente.

Hizo una pirueta y se elevó en el aire, a toda velocidad.Forzó su mente.La velocidad aumentó. Ganó altura, para evitar posibles colisiones.Los ocupantes de los aeromóviles que volaban en las inmediaciones empezaron a hacer frenéticas llamadas a la policía. ¡Había un hombre volando!Jim ganó altura. Su mente le acorazó contra el frío de las altas capas de

la atmósfera.Minutos después, alcanzó a un cohete transcontinental, que volaba a sesenta mil metros. Durante unos segundos, se mantuvo al nivel de las ventanillas, ante las cuales se agolpaban los atónitos pasajeros.Luego, aceleró, y se perdió de vista en contados segundos.

* * *

- Debería haber hecho el viaje de ida por el mismo procedimiento; así me habría ahorrado el importe del pasaje — gruñó, mientras se dejaba caer en el pequeño jardín que rodeaba la casa de Opal.

«Marty» ladró en el interior.

- ¿Te has olvidado de hablar? — preguntó la chica.
- A veces, la costumbre... Pero mira por Ia ventana. Opal volvió la cabeza y lanzó una exclamación.
- ¡Jim!

La puerta se abrió. Opal corrió hacia el recién llegado.

- Por qué te has quedado?— preguntó
- ¿Quedarme? — rió Jim agriamente—. ¡Estoy de regreso!
- No puede ser...

Jim enseñó las manos.

- He venido sin nada más que lo puesto, huyendo de la policía, como si fuese un peligroso criminal — dijo - de mal talante.
- Te han calado, amo — rezongó «Marty».
- ¿Esa es toda la bienvenida que me das, perro infiel?

«Marty» se levantó y caminó humildemente hacia el joven, meneando la cola.

- Soy un bruto — confesó —. Sé que estás en un apuro y me burlo de ti...
- Bueno, será mejor que el amo y el can se dejen de finezas mutuas — exclamó Opal —. Te supongo enterado de la noticia, Jim.
- Por eso estoy aquí. ¿Qué sabes tú al respecto?
- Imagínate todo lo peor, y te quedarás corto.

-—Septimus me ha denunciado como ladrón de sus aparatos y de su patente. ¿A quién diablos se le ha ocurrido esa estúpida idea?

- Lo ignoro. Todo lo que puedo decirte es que ayer, a mediodía, me llamó Sliggerton para agradecerme el favor que le había hecho, dejando que llevara sus aparatos a mi factoría. Se lamentó de que tú le habías hecho objeto de un engaño, pero que iba a poner el asunto en manos de la policía; dijo también que se llevaba los trastos... y eso es todo.

Jim frunció el ceño.

- Aquí pasa algo raro — dijo, mientras empezaba a pasearse por

la sala—. Septimus y yo éramos buenos amigos, no de esos que se pasan todo el día dándose palmadas mutuamente en las espaldas y tomando copas juntos... La verdad es que nos veíamos de tarde en tarde, pero la amistad existía, firme y sólida. Le ayudé a terminar su repetidor y de él partió la idea de darme el veinte por ciento de los beneficios. Yo no le pedí nada, ¿entiendes?

- Sí, pero, ¿qué tiene eso que ver con el problema que te plantea su denuncia?
- Quiero que te hagas cargo de la situación — contestó Jim—. Yo actué desinteresadamente y a Septimus el dinero le importa sólo en cuanto pueda satisfacer sus necesidades. Por tanto, alguien le ha hecho variar de modo de pensar.
- ¿Quién, Jim?
- Eso es lo que hemos de averiguar, pero antes quiero que te fijes en ciertos detalles. Sorprendí a Fecker y a Reeves robando en mi casa, y los eché. Buscaban los planos y documentos relativos al aparato, ¿comprendes?
- Sigue — pidió ella, con voz tensa.
- ¿Cómo sabía Grey que Septimus había construido un repetidor?. ¿Por qué envió a esos dos sujetos a robarlo? Yo logré convencerles de que trabajasen para nosotros, y Grey los sorprendió y mató a Fecker. Naturalmente, Reeves se puso de su parte en el acto. Pero si Grey no podía ni sospechar que Fecker iba a hurgar en su archivo secreto, y apareció tan oportunamente, ¿cómo consiguió Ia información?
- Diríase que ha seguido nuestros pasos en todo momento.
- Sí.
- Pero Sliggerton no ha podido traicionarse a sí mismo. El no era el que informaba a Grey.
- Sin embargo, ahora te ha denunciado...

De pronto, Jim chasqueó los dedos.

- ¡Ya está! ¡Ella! ¡No ha podido ser otra!
- ¿Quién?
- Amanda Kohler.
- El ama de llaves...
- La misma.
- ¡Qué decepción!—se lamentó «Marty»—. Con lo atractiva que es «Fifí».
- ¿Quién es «Fifí»? — preguntó la muchacha.
- La perra de la señora Kohler. Tiene una ventaja sobre su ama: no habla —dijo «Marty» sarcásticamente.

Opal se echó a reír. Pero se puso seria muy pronto.

- Eso no es cosa de broma —dijo —. Sliggerton me citó como

cómplice y estoy en libertad bajo firmeza.

Pero su abogado solicitó del juez que no se te aplicasen los beneficios de la fianza y que fueses encarcelado sin demora.—¿Sabes quién es el abogado de Sliggerton?

- Hugo Crax.
- No le conozco, aunque quizá busque la ocasión de hablar con él. Pero antes iré a visitar a otra persona, que supongo tiene mucho que ver con este asunto.
- ¿Quién, Jim?
- El doctor Browahlock. Es un buen hipnotizador y sospecho es el que ha influido en la mente de Septimus, para convencerle de que soy un ladrón.
- Y Browahlock, naturalmente, lo ha hecho por instigación de Grey.
- Exacto. De modo que ahora mismo me voy…
- ¡Aguarda un poco, hombre! ¿No quieres tomar un poco de café? Acabas de volver de un viaje y debes de sentirte muy cansado, ¿no?

Opal echó a andar hacia la cocina y Jim y «Marty» la siguieron. Mientras ella ponía la cafetera al fuego, le hizo una pregunta:

- Jim, ¿cuánto has tardado en tu «vuelo» de regreso?
- Oh, cosa de treinta minutos. Y no estoy cansado, créeme.
- De modo que echaste a volar…
- Apenas vi a los policías en la puerta de mi cuarto — contestó el joven.
- Debe de ser una sensación maravillosa volar — suspiró Opal —. Como tú, me refiero.
- Sí, pero no por ciertos motivos, compréndelo.
- ¿Volarás ahora para ir a casa del psiquiatra?
- Prefiero portarme como una persona normal. ¿Me prestas tu aeromóvil?
- Claro, hombre.

Minutos más tarde, Jim se disponía a emprender la marcha.

- Ten cuidado, amo — le recomendó «Marty».

Jim se inclinó y le acarició la cabeza,

- Perro sinvergüenza — sonrió —, Vela por esta chica tan guapa, ¿entendido?
- O. K,, Jim.

El joven se sentó tras los mandos del aeromóvil, estacionado en el patio posterior de la casa. Opal se asomó por la portezuela.

- ¿Piensas hablar con la señora Kohler? — inquirió.
- A su debido tiempo — sonrió él —. No te preocupes por mí.

- ¡Suerte! — le deseó Opal, cuando el aparato se elevaba ya en el aire.

* * *

Jim tomó tierra en la azotea del edificio en que residía el psiquiatra y luego buscó el camino de los ascensores. Momentos después, llamaba a la puerta del apartamento de Browahlock.Ahmed, el sirviente hindú, abrió a los pocos momentos. Al ver a Jim, intentó cerrar de nuevo, pero el joven, más rápido, lo agarró por el turbante con la mano izquierda y luego lo hizo girar velozmente sobre sí mismo. El turbante se desenrolló en parte y él aprovechó el trozo suelto para enroscárselo en torno al cuello.

- Si gritas, te estrangulo — dijo truculentamente.

Los ojos del sirviente expresaron un temor agónico.Jim apretó un poco más y ordenó:

- ¡Duérmete!

Ahmed se desplomó instantáneamente. Jim avanzó unos cuantos pasos y abrió otra puerta.Ninguna de las dos personas que estaban en la sala se dio cuenta de su presencia. Tendida en un diván, con los ojos cerrados, Amanda relataba al psiquiatra ciertos detalles de su vida íntima.Jim sonrió. Sus sospechas se habían hecho realidad.

- En realidad, aquel hombre no me gustaba y lo dejé...—decía el ama de llaves.
- A mi entender, hizo bien, señora Kohler. Por eso, sin duda, se encuentra más a gusto con el empleo actual.
- Sí, doctor, es un empleo que me gusta mucho.
- Y el profesor Sliggerton, supongo, también.
- En efecto, pero ahora no sé dónde está... Se marchó, sin despedirse de mí... Empezaba a tomarle cariño...
- Los científicos son gente un poco rara. No le haga demasiado caso, señora Kohler. En mi opinión, debería olvidarle. Y olvidar asimismo los días que pasó a su servicio. Créame, encontrará otro patrón mejor en cualquier momento. Usted es joven todavía, muy atractiva, eficiente, de competencia harto probada, y yo buscaré entre mis amistades' quien pueda darle un empleo similar al que ahora ha perdido.
- Gracias, doctor.
- Ahora, me imagino, se siente mucho mejor.
- Sí, así es.
- Lo único que tiene que hacer es esforzarse por olvidar 10 sucedido todos estos días. Olvídelo, olvídelo... ¡Se lo ordeno, señora Kohler!
- Le conviene dar esa clase de órdenes, ¿no es cierto, doctor

Browahlock?

El psiquiatra se volvió. Reconoció a Jim y empezó a ponerse en pie.

CAPITULO IX

El cetrino rostro de Browahlock se tornó gris. Sonidos inarticulados brotaron de sus labios.Retrocedió. Jim avanzó dos pasos.

- Usted hipnotizó a mi amigo Sliggerton — acusó.

La nuez del psiquiatra subió y bajó repetidas veces.

- Yo... No... no sé de qué me está hablando...

Jim dio otro paso, pero, de pronto, se desvió y fue hacia la ventana, que abrió de par en par.

- Venga aquí, matasanos.
- Oiga, ¿qué pretende...?

La mano de Jim se tendió rígidamente. Una fuerza irresistible arrancó del suelo a Browahlock, de cuya garganta se escapó un grito de terror.Jim movió la mano y el psiquiatra se puso horizontal. Así, lentamente, avanzó hacia el hueco y salió fuera, quedando suspendido en el vacío, a cincuenta y siete pisos de la calle.

- Si relajo mi mente, se estrellará contra el asfalto — dijo Jim—. Doctor, ¿quién le ordenó hipnotizar a Sliggerton?
- Grey... Fue él...—sollozó el psiquiatra—. Pero... métame en casa...
- Aguarde un poco todavía. ¿Vio usted personalmente a Sliggerton?
- Si. Fui... a la factoría Byke...
- ¿Le acompañó Grey?
- Sólo hasta las inmediaciones...—Browahlock empezó a sollozar —. Por favor, hágame entrar...
- Aún no he terminado — dijo el joven con dureza —. ¿Dónde está el profesor Sliggerton?

--Eso ya no lo sé...

- Es cosa de Grey, ¿eh?
- Sí.
- Y Grey, ¿para quién trabaja?
- Lo ignoro. Nunca me lo dice...

Jim entornó los ojos.

- Eso significa que no es la primera vez que hipnotiza para él, ¿eh?

Browahlock se mordió los labios. Así conseguía Grey tantos éxitos, con su agencia de servicios privados, pensó Jim.

- Bien — dijo—, ya encontraré a Sliggerton. Entre y póngase en pie.

El psiquiatra sudaba a chorros.

- Oiga, yo...

Jim le señaló un escritorio,

- Siéntese y redacte una confesión escrita, absolutamente detallada, de todos los trabajos que ha hecho para Grey, sean cuales fueren. Cuando la haya terminado, ordenará a su sirviente Ahmed que la corrobore con su firma. Después me la enviará por correo, ¿entendido?
- Sí, señor.
- Vamos, empiece.

Browahlock se sentó tras la mesa. Jim se acercó al diván, en el que Amanda permanecía aún dormida.

- ¡Despierte!—ordenó, a la vez que daba una fuerte palmada.

Amanda se sentó en el acto.

- Hola, señor Smith — sonrió. De pronto, su expresión cambió y la alarma apareció en su rostro —. Pero £,qué hago yo aquí? — exclamó.
- Usted visitaba con frecuencia a este tipo, ¿no?
- Vine a verle en un par de ocasiones — admitió ella.
- ¿Sabe que trabajó para el profesor Sliggerton?
- ¿Quién es Sliggerton?

Jim comprendió que el bloqueo mental dispuesto por el psiquiatra seguía aún en actividad. Movió la mano y dijo:

- Le ordeno que recuerde todo, a partir del momento en que llegó a la residencia del profesor Sliggerton. — Sonrió comprensivamente; como su amigo, Amanda había sido una víctima del psiquiatra, un hombre cuya complicidad había proporcionado no pocos éxitos a Grey—. Hablaremos por el camino — añadió—. ¿Ha venido en su aeromóvil?
- No, en un aerotaxi...
- Entonces, venga conmigo.
- Sí, señor Smith.
- Llámeme Jim — sonrió él, a Ia vez que asía el brazo de la mujer, para ayudarla a ponerse en pie.

Amanda recobró su bolso. Tras el escritorio, Browahlock seguía redactando su confesión.

- Envíela por correo, hoy mismo — gritó, en el momento de abandonar la estancia.

* * *

- Y ése es el secreto de los éxitos de Grey — dijo Jim, más tarde, al finalizar su narración —. Pero, en el presente caso, estamos como en los inicios.
- O sea, no sabemos el paradero de Sliggerton.
- No, Opal —Jim se volvió hacia Amanda—. ¿Recuerda usted algo que pueda ayudarnos sobre el particular?
- Yo me quedé en la casa, después de que ustedes se marcharon.

Ayer por la tarde, Browahlock me llamó, dándome una hora para la visita. La verdad, no sentía muchos deseos de acudir...

- Pero lo hizo.
- Sí. No fui a gusto, repito.
- ¿De qué forma le dio orden de acudir a su casa-
- Por videófono, claro.
- Es decir, le vio a través de la pantalla.
- Exacto.
- Entonces, ya no hay dudas. Empleó su fuerza mental, quizá insuficiente para otras empresas, a través de una línea videofónica, pero con la potencia bastante para forzarla a acudir a su consulta.
- Jim, se me está ocurriendo una idea — exclamó Opal súbitamente.
- Dime — pidió el joven.
- Tú también tienes... unos poderes mentales... excepcionales. No sabemos dónde está Septimus... pero si has sido capaz de atravesar volando el continente en menos de una hora, ¿no vas a ser capaz de averiguar, con los ojos de la mente, el lugar donde tienen a tu amigo?

Jim abrió la boca. Estuvo así un instante, y luego hizo un gesto de asentimiento.

- ¡Pues claro! — exclamó —. ¿Por qué no habré pensado antes en esa solución?
- ¿Puede hacerlo? — preguntó Amanda, admirada.
- Jim no es un hombre, es un semidiós — declaró la chica.
- Exagera un poco — rió él. Miró a su alrededor —. De todos modos, creo que me conviene concentrarme. Lo haré mejor a solas en una habitación.

Abandonó la sala y se encerró en uno de los dormitorios. Sentado en la cama, hizo una profunda inspiración, cerró los ojos y sus manos se crisparon sobre las rodillas.Una ligera película de sudor apareció a los pocos momentos en su frente. Jim estaba totalmente concentrado en el problema que le interesaba. De su cerebro se desprendían potentes radiaciones mentales, en las que figuraba, sobre todo, la imagen de su amigo. Durante un tiempo que no supo calcular, sus ojos psíquicos atravesaron muros, paredes, valles, montañas... Fue una exploración de 360 °, que se prolongaba gradualmente, a medida que los intentos fracasaban.De pronto, una espesa niebla le cerró el paso.Tanteó a derecha e izquierda, sin lograr traspasar aquella barrera, que le impedía ver lo que había al otro lado. Trató de pasar por encima, pero el dardo mental se alargó, hasta salir al espacio.Entonces comprendió que sus

flechas psíquicas se movían en línea recta, dondequiera que fuesen dirigidas. Pero ya no le cabía la menor duda de que su amigoSliggerton estaba al otro lado de aquella niebla que le impedía profundizar.Los alrededores, sin embargo, eran muy imprecisos. Trató de captar más detalles, pero, de pronto, cesó la **j** visión y todo se volvió negro.

* * *

Cuando despertó, se encontró acostado en la cama. Algo húmedo acariciaba su mano derecha.

- Despierta, amo — pidió «Marty».

Jim abrió los ojos, sintiéndose muy débil. «Marty» ladró fuertemente.—¿Qué me ha pasado?Opal y Amanda entraron en la habitación, atraídas por el ladrido del can.

- ¡Jim!—exclamó la muchacha—. ¿Te encuentras bien?
- Desfallecido. Perdí el conocimiento...
- Tardabas mucho, y entramos a ver qué te pasaba. Nos diste un susto de los gordos, cuando te vimos caído en el suelo, sin conocimiento.

Amanda sonrió.

- Creo que le conviene tomar algo reconfortable — dijo —. ¿Café con coñac?
- Sí, gracias.

Amanda se marchó. Opal se acercó a la cama, en la cual yacía el joven, vestido, aunque cubierto por una manta.

- ¿Averiguaste algo?
- Son muy listos. Sospecharon que podría buscar a Septimus con la mente y han bloqueado el lugar donde lo tienen.
- ¿Es posible una cosa así?
- Recuerda las gorras de Fecker y Reeves. No me cabe la menor duda de que lo tenían todo bien planeado, previendo las menores posibilidades. Sea como sea, continuamos igual. No sé dónde está mi amigo.
- Debió ser un esfuerzo terrible — murmuró Opal.
- Sí, muy grande.

Amanda entró en aquellos momentos, con una bandeja en las manos. Jim hizo un esfuerzo y consiguió sentarse en la cama.El café y el coñac entonaron notablemente a Jim, quien, a los pocos minutos, se sentía ya recuperado.

- Me parece que voy a salir otra vez — dijo.
- Estás muy cansado — alegó Opal.
- Si quiere salir, saldrá — sonrió Amanda—. Pero, al menos, no lo haga con el estómago vacío.
- Eso sí es cierto. Tengo un apetito de lobo...

Media hora más tarde, Jim se palmeó el estómago.

- Amanda, es usted una cocinera maravillosa — elogió.
- Gracias, Jim. Al señor Sliggerton también le agradaba mucho mis guisos.
- ¿Le echa de menos?
- Le he tomado mucho afecto — confesó el ama de llaves.
- Lo encontraré — aseguró Jim.

Opal se puso en pie.

- Iré contigo...
- No — contradijo él, enérgico —. Esto es algo que debo hacer solo.
- No temas, muñeca; el jefe es un tipo que se las sabe todas — dijo «Marty».
- Cada vez que le oigo hablar, me da vueltas la cabeza— exclamó el ama de llaves—. ¿Cómo lo consiguió, Jim?
- A base de paciencia, claro — respondió el perro en lugar del amo —. Señora Kohler, ¿cómo está «Fifí»?
- Pues... bien, supongo.
- Es una hembra encantadora. Será la madre de mis hijos.

Jim levantó los brazos al cielo.

- No tiene remedio — clamó.

Y se encaminó hacia la puerta. En otra ocasión, no le habría importado que le acompañase Opal, pero ahora no, no podía permitirlo.

* * *

Los ojos de la exuberante Raquel Vargas se dilataron por el asombro al reconocer a su inesperado visitante.

- ¡Jim! Pero ¿qué haces...?
- Quiero hablar contigo, encanto.
- Pasa—accedió ella—. Pero estoy muy disgustado contigo.
- ¿Lo dices por el jaleo que te organizó aquella chica?
- Se puso como una fiera. ¿Acaso te considera de su propiedad?
- Bueno, trabajo para ella y quizá pensó que no lo hacía con la debida... actividad.
- ¡Qué furia!—se horrorizó Raquel—. Parecía una arpía... ¿Has conseguido calmarla?
- Claro que sí. Le dije que eras mi prima y que te quedaste viuda, después de un accidente en el que murieron tu esposo y tus dos hijitos.

Raquel soltó una estruendosa carcajada.—¿Se lo creyó?

- Como si fuese la propaganda de un producto de belleza.

La rubia volvió a reír.

- Jim, ¿quieres un trago?
- Claro, nena. Pero no he venido sólo a tomar una copa contigo — dijo él.

- ¿Deseas algo... en particular? — preguntó Raquel, maliciosa—. Ya sabes que me tienes enteramente... a tu disposición.

Le entregó la copa y quedó frente a él, con los senos provocativamente adelantados.

- Te lo juro — añadió—. Hasta ahora, no había encontrado un tipo tan... fogoso como tú.
- Mi aspecto es engañoso — sonrió Jim—. Raquel, ¿hablamos de Grey?
- ¿Qué te pasa con ese sujeto, Jim?
- Es un inmoral, por no decir algo más gordo. Ya sabes que mató a Burt Fecker.
- Dijo que le sorprendió robando...

- Fecker trabajaba ahora para mí. Alguien se lo avisó y lo mató, más que por despecho, para hacerme una advertencia.
- Siempre me pareció un hombre muy frío, en otros aspectos, claro. Para serte sincera, me pagaba bien... por eso iba a su casa — Raquel emitió una sonrisa de circunstancias —. La vida, chico.
- Comprendo, Raquel. De modo que has estado con Grey muchas veces.
- Sí, unas cuantas.
- ¿Siempre en su residencia?
- Siempre... ¡No, aguarda! Una vez, Grey me llevó a una casa de campo... Dijo que la había adquirido muy barata, mediante una hipoteca o algo así... Aquel día se mostró un poco locuaz y yo deduje que lo había conseguido haciendo trampas más o menos legales. Pero, ¿qué podía hacer...?
- Nada, claro.
- Es una casa bastante destartalada, antigua. En tiempos fue una granja muy productiva. Aún quedaban los establos... y un enorme invernadero, protegido por una cúpula de tela impermeable, sostenida por la presión atmosférica interior. Bueno, la cúpula estaba entonces deshinchada... Grey dijo que no sabía qué hacer, si volver a poner la granja en funcionamiento o venderla...
- ¿Sabes dónde está esa granja?
- Aproximadamente, Jim.

El joven vació la copa. Raquel le echó los brazos al cuello.

- Guardo un buen recuerdo de ti, primo — sonrió.

Jim se inclinó y rozó con sus labios los de la rubia.'

- Lo siento, pero hoy no puedo quedarme. Otro día, encanto. Y ahora, por favor, dime dónde está esa granja — solicitó.

CAPITULO X

Informe emitido por los exploradores galácticos QuQu-5-14 y PiPi-9-50, Dirigido al, tercer jefe de estado mayor, SeSe-1-22.

Relativo al planeta 8.205-RR-3.

En fase de primitivismo 000-01 Negativo.

Los exploradores abajo firmantes, declaran haber cumplido satisfactoriamente la orden núm. 445-7-82, en los términos redactados y de acuerdo con las normas reglamentarias.

El contacto se efectuó sin dificultad. Los habitantes contactados tenían, uno, forma idéntica a la nuestra. El otro era de una figura muy distinta, bajito, apoyándose en el suelo con cuatro extremidades, más otra móvil que surgía del final de su espina dorsal, y sin indumentaria alguna. Su piel era velluda, con manchas blancas y rojas.

Los nativos aceptaron nuestras proposiciones y se sintieron muy satisfechos de saber que iban a prosperar. Se mostraron muy afectuosos, particularmente el que tenía figura igual a la nuestra.

El viaje se realizó sin otras incidencias dignas de mención.

* * *

El tercer jefe de estado mayor de los exploradores galácticos leyó el informe y frunció el ceño.

En aquel documento había algo que no estaba bien. Al repasarlo, encontró el fallo.

Inmediatamente, hizo que llamasen a los exploradores enviados al planeta 8.206-RR-3. Los exploradores llegaron segundos después, materializándose instantáneamente en el despacho de su superior.

- ¿Señor? — dijo él.

- He leído el informe. Me parece que hay un error.
- Con el debido respeto, señor...
- Cometieron un error, insisto. Un terrible error. Se les asignó el planeta 8.206 y ustedes aterrizaron en' el 8.205.
- ¡Oh, no!—exclamó la exploradora.
- Lean la copia de la orden que se les entregó — dijo el jefe.

El explorador paseó su vista por los renglones escritos y se sintió consternado. El error era evidente. De todas formas...

- Señor, creo que ese error no es enteramente imputable a nosotros — dijo.
- Explíquese, por favor — pidió el jefe.
- Guardo en mi casa el original. Temo que el ordenador no escribió bien la última cifra. Admitiré que no lo comprobamos, pero también es cierto que tenemos plena confianza en el ordenador.
- Es posible que tenga razón. De todos modos, es preciso rectificar antes de que sea demasiado tarde. Según los informes de otros exploradores, ese planeta, al que sus habitantes llaman Tierra, se encuentra en un estadio de civilización prepsíquica, es decir, muchos de sus habitantes poseen ya ciertas facultades mentales, similares a las nuestras, aunque en un grado todavía muy inferior. Todavía no son capaces, y no lo serán en cientos de siglos, de alcanzar logros como los nuestros. Pero de lo que no cabe duda es de que, por lo menos, dos de esos nativos, independientemente de su figura, son ya como nosotros.
- Y eso no es posible todavía—dijo la joven.
- Exacto. Por tanto, deben regresar allí y hacer que las cosas queden como estaban. ¿Entendido?
- Sí, señor.
- Inmediatamente, dispondré una revisión a fondo del ordenador. — El jefe sonrió, sarcástico —-. Con nuestras facultades, esa máquina debería haber sido ya arrojada a la chatarra..., pero a pesar de todo, seguimos aferrados a viejas rutinas...
- Algunas son muy agradables, señor — dijo el explorador—, Nosotros las hemos vuelto a adquirir en nuestro viaje a la Tierra. También aquellos nativos nos enseñaron algo.
- Mejor dicho, nos recordaron algo — intervino la joven.
- ¿De qué se trata? — preguntó el jefe.

Los dos exploradores se miraron.

- Lo mejor será que le hagamos una demostración
- propuso él.
- Estoy de acuerdo contigo — sonrió la joven.

El jefe se ruborizó, al ver que la pareja se besaba ardientemente. Todavía abrazados, el explorador se volvió y

sonrió.

- Lo hemos hecho muchas veces, señor. Es una vieja costumbre que nunca debió caer en desuso, si se me permite expresar mi opinión.
- Pero eso puede conducir a...
- Seguimos siendo seres humanos, de carne y hueso
- dijo ella.

El jefe suspiró.

- Rectifiquen el error y a su regreso, propondré también una rectificación de ciertas costumbres actuales. Las viejas, algunas de ellas, por lo menos, no eran tan malas como para desecharlas totalmente.

Los exploradores asintieron y se fueron, en una postura absolutamente irrespetuosa, enlazados por la cintura y comiéndose el uno al otro con los ojos.El jefe suspiró.. — ¡Qué envidia me dan! — se lamentó. Y luego, furioso, se propuso arrear unos cuantos martillazos al ordenador, causante de aquel estropicio.Por culpa de una máquina, los habitantes de cierto planeta no habían aprendido todavía a encender el fuego.

* * *

- De modo que ahí es donde está mi buen amigo Septimus Sliggerton — dijo Jim, después de lanzar una mirada con los prismáticos al conjunto de edificios que se veían en el valle.

. —Así parece — contestó Opal—. Jim, eso parece una fortaleza.

- En cuatro días no se construye todo lo que tenemos a la vista ■ — murmuró él —. Eso es algo que tenían planeado desde hacía mucho tiempo.
- Lo cual significa que conocían las actividades de Septimus.
- Indudablemente. Pero ¿cómo se enteraron...?
- Jim, ¿no te parece que deberíamos dejar las especulaciones para mejor ocasión? Ahora se trata de entrar ahí y rescatar a tu amigo. Has recibido ya la confesión del doctor Browahlock; cuando Septimus haya vuelto a la normalidad, podrás considerarte libre de toda acusación.

El joven asintió pensativamente. En todo el contorno de la granja, se alzaba una tapia de seis metros de altura, protegida por una triple fila de puntas de hierro de veinticinco centímetros. Por la parte interior, corría una doble hilera de cables desnudos, sostenidos por aisladores, lo que suponía una protección eléctrica suplementaria, con corriente de alta tensión.Dos de los edificios quedaban a la vista. Los restantes estaban ocultos por una enorme cúpula de tejido plástico, impermeable, sostenido por la simple presión atmosférica de su

interior. Debajo de la cúpula, estimó Jim, se hallaba el repetidor.Enfocó de nuevo los prismáticos. Ahora podía ver la finísima red de hilos de brillante color cobrizo, que cubría a su vez la cúpula hinchable. Aquella red, por la que, seguramente, circulaba una corriente eléctrica, de reducido voltaje, era la causante de la niebla que impedía el paso de sus dardos mentales.Seguramente, la niebla se extendía a gran distancia alrededor de la granja.

- Protege contra interferencias mentales, aunque permite se pueda ver con ojos físicos — dijo.
- Por cierto, ¿quién te indicó el lugar donde está la granja? — preguntó Opal súbitamente.
    - Oh, pues... Un antiguo empleado de Grey — mintió él.
    - Jim, yo no poseo tus facultades, pero sé adivinar cuándo me engañas. Fuiste a ver a tu «prima», ¿verdad?
    - Opal, no me aflijas.
    - ¡Cínico, miserable!
    - Por favor, estamos embarcados en la misma empresa— protestó él—. Y esta vez, no hubo...
    - Ahorra detalles lúbricos, Casanova.
    - Bueno, estuve con ella, pero no pasó nada — insistió él malhumoradamente --. Y estamos aquí, que es lo que interesa de verdad.
    - Pero no te ha dicho cómo puedes llegar hasta tu amigo. Esa fortaleza, es invulnerable.
    - ¿De veras?
    - ¿Has encontrado el procedimiento de salvar la tapia?
    - Claro. Aguárdame en este mismo sitio, ¿quieres?

Jim le entregó los prismáticos y se elevó en el aire.Opal le miró preocupadamente.No le gustaba un hombre con unas facultades infinitamente superiores a las de los demás mortales. Claramente se daba cuenta de que, día a día, minuto a minuto, los poderes de Jim se desarrollaban y evolucionaban con enorme rapidez, adquiriendo una enorme potencia. Ahora, pensó, era un hombre joven, normal en otros aspectos... pero ¿qué sucedería cuando su fuerza mental resultase irresistible? Con los poderes psíquicos, se' desarrollaría su ambición. Querría ser algo más, mucho más, gobernar una ciudad, una nación, quizá el planeta entero... Aquella increíble potencia física podía deshumanizarle. Llegaría el momento en que se creería un semidiós y...De pronto, contuvo el aliento.Jim había rebasado la tapia, pasando por encima de ella a unos dos metros de altura. Un poco más adelante, cayó a plomo.

* * *

Volar, le costaba cada vez más esfuerzo. Ahora no le cabía la menor duda de que Grey había instalado un potente interferidor, que le restaba potencia psíquica. Hizo un gran esfuerzo, rebasó la tapia y ganó todavía unos cuantos metros, pero, de súbito, se sintió impotente para sostenerse en el aire y cayó.Descendió vertiginosamente, pero con fortuna, porque descendió hacia una piscina de grandes dimensiones. En el último instante, consiguió rectificar su posición y entró de cabeza en el agua.Un enorme chorro de espumas brotó inmediatamente del lugar de la caída. En alguna parte, sonaron unos feroces ladridos.Grey salió fuera de la casa. Vio al hombre que nadaba en la piscina y adivinó lo ocurrido.-—¡Tolley!—bramó—. Suelta los perros. Ese maldito picapleitos ha entrado en la casa.Jim salía del agua en aquel momento. Desde la colina, angustiada, Opal seguía todos sus movimientos con los prismáticos. A pesar de la distancia, pudo oír los ladridos de los canes.Los perros salieron disparados de sus refugios. Jim echó a correr desesperadamente. Intentó elevarse en el aire, pero no tenía fuerza suficiente. Sin embargo, cuando ya estaban en las proximidades de la tapia, divisó un álamo de considerable altura y, haciendo un esfuerzo supremo, consiguió alcanzar su copa.Todavía trepó unos metros más. Debajo de él, los perros ladraban diabólicamente. Se preguntó qué diría «Marty», si estuviese presente.Grey entró en la casa.— Voy a acabar con ese condenado entrometido — dijo.Jim cerró los ojos un instante. «Ahora», pensó.Y, casi al borde del agotamiento, logró despegarse del árbol y pasar al otro lado.A medida que se alejaba de la cúpula, ganaba en potencia mental. A cincuenta metros de la tapia, ya volaba normalmente.De pronto, oyó un grito de Opal:

- ¡Jim, cuidado; te apuntan con un rifle!

El joven -se volvió. Grey estaba en la puerta de la casa, con el rifle echado a la cara. Pero ahora ya había recobrado por completo todas sus facultades.Oyó el estampido y «vio» el proyectil volar directamente hacia su cuerpo. Alargó la mano y el trozo de plomo se detuvo en su palma.Luego, suspendido todavía en el aire, devolvió la bala, que rompió uno de los cristales de la ventana junto a la cual se hallaba Reeves.

- ¡Diablos! Nos está tiroteando... y no tiene armas.

Grey hizo fuego de nuevo. La segunda bala volvió con increíble potencia y silbó ominosamente junto a su rostro. El salto que dio le hizo entrar en la casa en una fracción de segundo, mientras la bala arrancaba esquirlas de piedra de la entrada.Jim regresó junto a la muchacha y se dejó caer al suelo.

- Por ahora, es imposible entrar — dijo, agotado—. Tendremos que buscar otro procedimiento.

En el interior de la casa, Grey maldecía profusamente.

- Hemos de acabar con el leguleyo, sea como sea, o no tendremos paz nunca — bramó.
- Si encuentra algún medio, jefe... — dijo Reeves, todavía muy asustado.
- Lo encontraré, descuida.

Le entregó el rifle.

- Vigila bien — ordenó—. Yo voy a hablar con el profesor Sliggerton, a ver si hace funcionar su maldita máquina de una vez.

CAPITULO XI

- Tenemos que encontrar un medio para entrar en la granja y hacer que Septimus vuelva a la normalidad
- dijo Jim, mientras se paseaba nerviosamente por la sala —. De lo contrario, ¿sabes lo que puede suceder?
- No. Dímelo.
- Ese repetidor es como... como todos los inventos. El arco se inventó primero para cazar, cuando el hombre primitivo vio que corría menos que sus presas. Pero el arco, que era algo benéfico en un principio, se convirtió luego en un arma.
- Y los aviones se inventaron primero para volar y luego se convirtieron en bombarderos.
- Exactamente.
- Pero no veo qué relación puede tener el repetidor con las armas — alegó Opal.
- Ha caído en manos de unos desaprensivos. Pueden reproducir lo que les antoje: armas, drogas, objetos que están prohibidos... qué sé yo. ¿No eres capaz de imaginártelo?

  La muchacha asintió.
- Debería estar prohibido inventar cosas así — dijo.
- Pero está inventado y gran parte es por mi culpa
- se lamentó el joven.
- Por culpa de los extraterrestres, Jim.
- Es lo mismo. Yo pude haberme quedado callado y no lo hice. Me confirieron unos poderes psíquicos extraordinarios, pero no han interferido mi voluntad. Puedo usar esos poderes para el bien o para el mal, ¿comprendes?
- Hasta ahora, que yo sepa, no has hecho daño a nadie, sino todo lo contrario — sonrió la muchacha.

  Amanda se asomó en aquel momento.
- La cena está lista—informó.

  Opal se levantó.
- Tengo buenas noticias, sobre una pierna de cordero en su jugo — dijo—. Anda, vamos, Jim; las cosas se ven de otra, forma, mucho mejor, con la tripa llena.
- Prosaica — sonrió él.

  El guiso, desde luego, estaba para chuparse los dedos. «Marty» agradeció infinito el hueso que le lanzó su amo, después de haberse comido hasta la última brizna de carne.

«Fifi», más distinguida, contemplaba al macho con ojos despectivos.De pronto, se apagó la luz.

- Ha debido de saltar algún fusible — dijo Amanda.

Jim se puso en pie.

- Yo lo arreglaré — se ofreció.

Momentos después, se encendían de nuevo las lámparas. Jim se sentó para tomar el postre, pero, repentinamente, lanzó un aullido.Las dos mujeres le miraron asustadas.

- Jim, ¿has visto algún horrible fantasma? — preguntó Opal.

El joven sonrió.

- No, claro que no — respondió—. Pero, por paradoja, este inesperado apagón ha hecho la luz en mi cerebro.
- ¡Qué cosas tiene mi amo! — rezongó «Marty».
- Los perros bien educados no hablan con la boca llena — le reprendió Jim—. En serio — siguió, a la vez que se volvía hacia las dos mujeres—, he encontrado la solución.
- Bueno, suéltalo de una vez.
- Vamos, Jim, dígalo — pidió Amanda—. Cada vez me siento más nerviosa por el profesor...
- Está bien claro. El repetidor funciona con energía eléctrica... y lo mismo la valla electrificada y la cúpula interferidora. Si se les corta la corriente, ¿qué pasará?

Opal asintió con lentos movimientos de cabeza.

- Lo difícil es llegar al generador y detenerlo — dijo.
- Pero una vez que lo consiga, estaré en condiciones de derrotarlos — afirmó Jim rotundamente —. Opal, mañana volveremos de nuevo a la colina. ¿De acuerdo?
- De acuerdo, Jim.

* * *

El aeromóvil se posó frente al gran portón de acceso. Sus dos ocupantes descendieron, el hombre .evidentemente malhumorado, la mujer, mucho más joven, contemplando críticamente el paisaje.El hombre llamó a la puerta. Alguien le miró a través de una ventanilla abierta en la madera.

- Ah, es usted.

La puerta se abrió. Cyrus VanBruden avanzó impetuosamente.

- Grant, esto no me gusta — dijo.
- Tampoco a mí, señor, pero no quiero invasiones desde el aire — contestó el director de la agencia de «Servicios Privados».
- ¿Quiere eso decir...?
- Ya lo han intentado. Pude evitar que llegase hasta Sliggerton, pero él, en cambio, consiguió escapar.
- ¿El? ¿Sólo era uno?

- Sí, señor. Precisamente, el mismo que le ganó su litigio contra la hija de Byke.

El rostro VanBruden se congestionó de rabia, al escuchar aquella respuesta. Pamela, por el contrario, se mostró muy interesada.

- ¿Quiere eso decir, señor Grey, que Jim Smith ha estado aquí? — preguntó.
- En efecto, señorita.
- ¿Le permitió la entrada? — bramó VanBruden.
- Claro que no, señor. Llegó volando. . pero los dispositivos de seguridad anularon...
- ¡Basta, no siga! Lo demás no me interesa, Grey.
- Señor VanBruden, quiero que sepa una cosa — dijo el sujeto —. Ese individuo no volverá a molestarle jamás,

Pamela frunció el ceño.

- Eso, ¿qué quiere decir, señor Grey?
- Exactamente, lo que significa, señorita — respondió el hombre, imperturbable.
- Tú no te metas en nuestros asuntos, muchacha — gruñó su padre—. Está bien, si Smith va a dejar de ser un estorbo, adelante.
- Sí, señor. Por favor, ¿quieren seguirme al laboratorio? Todo está ya preparado para la primera prueba.
- Ah, todavía no han hecho ninguna.
- No, señor. Sliggerton advirtió ciertos desajustes en la máquina, debidos a alguna sacudida sufrida durante el traslado, y ha pasado algunos días reparándola. Hoy mismo me dijo que lo tendría todo listo para hacer una demostración práctica de su funcionamiento.
- Señor Grey, si eso sale como dice su inventor, cuente usted con mi agradecimiento eterno — dijo VanBruden pomposamente.
- Expresado en un cheque por valor de un millón y una participación del dos por ciento de los beneficios brutos — dijo Grey, sin pestañear.

VanBruden vaciló un momento, pero no tardó en dar la respuesta:

- Siempre cumplo lo que prometo.

Pamela no estaba todavía muy satisfecha con ciertas frases de Grey.

- Grant, ¿debo entender que piensa suprimir a Smith del mundo de los vivos? — preguntó.
- Dejará de molestarnos, señorita — respondió Grey ambiguamente.

* * *

- ¿Crees que esto puede servirte? — preguntó Opal, dubitativa.
    - Indiscutiblemente. He estado hablando con un ingeniero, conocido mío, y me ha dicho que es el último grito en perforadoras. .

.—Pero necesitará energía...

- Dispone de una batería capaz para dos horas, funcionando a pleno rendimiento. Habré terminado mucho antes.
- Hará ruido.
- La misma velocidad de perforación y el perfecto equilibrio de los ejes, aseguran un silencio total. Además, lleva conectado un aspirador que evita el polvo...
- Lo tiene todo, vamos.
- Excepto la solución de lo que pasará después, una vez haya franqueado la muralla.
- Habla en plural, Jim —dijo la chica—. Yo también tengo intereses en este asunto.
- Ah, vas a venir...
- Ni lo dudes siquiera.

Jim vaciló un instante. De pronto, «Marty» emitió un gruñido de ira, enteramente perruno. Luego dijo:

- Amo, están .haciendo algo en tu aeromóvil,

Jim corrió hacia la ventana. Al otro lado del jardín, había un sujeto sentado en el puesto del piloto.

- Es Reeves — dijo.
- Parece que está manipulando en los controles — sospechó Opal.

Jim cerró los ojos un instante. Reeves se había protegido el cráneo con una gorra metálica, pero ahora no le iba a servir. La red de aquella protección era un elemento pasivo y no activo, como en el caso de la cúpula que protegía el nuevo taller de Sliggerton.Además, había adquirido mucha más experiencia.«Reeves, deja todo y ven inmediatamente», ordenó.El esbirro abandonó" el aeromóvil y se dirigió hacia la casa, con paso mecánico. Jim abrió.

- ¿Qué estabas haciendo?
- Iba a poner una bomba, para que explotase a los quince minutos del despegue, señor.
- Sal fuera, deja todo tal como estaba, y vuelve.
- Sí, señor.

Para evitar posibles resistencias, Jim le quitó la gorra. Luego miró a la muchacha.

- Hay gente que no descansa nunca, ¿eh? — sonrió.
- Una bomba — se estremeció ella.
- ¿No te habría gustado ir al cielo, en compañía de! hombre al_ que amas?—dijo «Marty» socarronamente.

- Un día te cortaré las orejas, perro deslenguado — gritó ella, furiosa.
- Mientras sólo sean las orejas... Bueno, me voy; estoy viendo un árbol especialmente apetitoso...

Reeves vino minutos más tarde, con un paquete en la mano.

- El aeromóvil está en condiciones — informó.
- Muy bien. Quédate aquí y redacta una confesión de lo que pretendías hacer. No te muevas de esta casa, hasta que yo te lo ordene.
- Sí, señor.

Momentos después, Jim salía de la casa, cargado con un pesado bulto de forma, alargada, que debía llevar al hombro. Después de acomodarlo en el portaequipajes, se sentó en el puesto del piloto.

- ¿Lista?

Opal le puso una mano en el brazo. Jim se volvió.

- Dime — murmuró ella —. Tienes unas facultades excepcionales, y se te desarrollan más a cada momento que pasa. ¿No llegará un día en que todo te parezca poco y quieras convertirte en el dueño del mundo?
- Mis objetivos son mucho más modestos — contestó él—. Una mujer, unos niños... Pude haber influido en las mentes del juez, del defensor de VanBruden, y me limité a estudiar a fondo el caso...

Ella meneó la cabeza.

- Ojalá sea como dices.
- ¿Qué te pasa? ¿No estás convencida?
- Tendrás que convencerme de Io que dices, día a día, minuto a minuto. Pero, francamente, te preferiría más... normal.
- La culpa no es mía — rezongó él —. Lo que hacemos, ¿es justo o no lo es? .

— Sí — suspiró la muchacha —. Anda, vamos, no perdamos más tiempo.El aeromóvil despegó de inmediato. Jim se sintió repentinamente preocupado. ¿No sentiría algún día la tentación de usar sus poderes para acciones poco o nada éticas? Desazonado, tuvo que sentirse íntimamente de acuerdo con lo que había dicho Opal. Sí, antes estaba mucho mejor, cuando era sólo una persona normal,

* * *

- De modo que ése es el famoso repetidor — dijo VanBruden.
- Sí, señor — contestó Sliggerton.
- ¿Y... funciona?
- Claro. Todo está listo para la primera prueba.
- Muy bien, entonces, adelante.

Sliggerton sonrió.

- Deme algún objeto suyo para reproducirlo — pidió—. Su reloj, por ejemplo.

VanBruden obedeció. Un minuto más tarde, tenía en las manos un segundo reloj de pulsera, absolutamente idéntico al original.Pamela le entregó su collar de perlas. Sliggerton lo reprodujo en los menores detalles.

- ¡Papá, esto es fantástico!—exclamó la joven.

Sliggerton sonreía satisfecho.

- ¿Qué les ha parecido?
- Señor VanBruden, ¿le duele ahora mucho el millón que me va a pagar por mis servicios? — preguntó Grey sonriendo.
- Realmente, es maravilloso —- admitió el financiero —. Profesor, es preciso que firmemos el contrato cuanto antes. Ya lo he traído redactado en debida forma, con algunas líneas en blanco, que serán rellenadas con los nombres y la definición del aparato. ¿Le parece bien?

— Oh, sí, señor, magnífico — respondió Sliggerton.Y, en aquel momento, se apagaron las luces y el taller quedó completamente a oscuras.

•

CAPITULO XII

La perforadora daba unos resultados espectaculares. El grosor de la tapia no era inferior a los cuarenta centímetros y en menos de dos minutos perforó un agujero de unos cinco centímetros de diámetro. Jim continuó su tarea, perforando al lado, y así consiguió, en menos de media hora, abrir un agujero del diámetro suficiente para que pudieran pasar sin dificultades.La máquina quedó abandonada en aquel mismo lugar. Jim atravesó la tapia. Opal le siguió en el acto. Luego él se volvió y miró hacia arriba.Los cables eléctricos quedaban a unos cuatro metros del suelo. Jim se descolgó del cinturón una barra de hierro que ya llevaba preparada, y se dispuso a lanzarla.

- Apártate — ordenó.

Opal retrocedió unos cuantos pasos. Jim calculó la distancia. En uno de sus extremos, la barra, delgada y plana, por otra parte, había sido doblada en curva, como la empuñadura de un bastón. Balanceó el brazo unas cuantas veces y, al fin, la barra voló por los aires.La curva cayó sobre el primer cable. Luego tocó el inferior. Brotaron unos chispazos vivísimos, acompañados de unos tremendos chasquidos. Jim agarró a la muchacha y echó a correr.

- Vamos — exclamó.

El cortocircuito habría hecho saltar los fusibles del generador. Antes de que pudieran reparar la avería, ellos ya habrían encontrado a Sliggerton.De pronto, se oyó una voz colérica en las inmediaciones de la cúpula. Jim agarró a la muchacha y se guareció detrás de una pared.

- No sé qué diablos ha podido pasar — dijo Grey —. Iré a verlo inmediatamente, señor VanBruden.

Jim sintió que se le cortaba la respiración. «¿Cómo no he sabido verlo antes?», pensó, furioso contra sí mismo.Grey pasó por delante de ellos, sin verlos, debido a la velocidad de su carrera. Jim tiró de la muchacha y dio la vuelta a la casa.Los perros estaban en sus jaulas. Ladraban, pero les envió una orden mental y se callaron en el acto. Jim sonrió satisfecho; las interferencias habían cesado.Paso a paso, se acercó a la entrada de la cúpula. En el interior, se oía la voz poco amistosa de VanBruden, que se quejaba de lo ocurrido. Sliggerton le respondió que él no tenía la culpa.

- Cuando probé el aparato en mi casa, por primera vez, no saltó ningún fusible. La culpa no es mía, si el generador de Grey es de poca potencia.

- Podía haberlo comprobado, ¿no cree?
- El me aseguró que bastaría...
- Y era suficiente, sólo que yo lo he parado —dijo Jim, apareciendo de repente en la puerta.

Pamela lanzó un grito de susto. Su padre apretó los labios.

- ¿Qué diablos hace aquí, Smith? — preguntó.
- Lo siento mucho, pero mi amigo Septimus no hará ningún trato con usted — dijo el joven fríamente—. Sep, quiero que tu mente vuelva a la normalidad. ¿Me has entendido?

Sliggerton se pasó una mano por la frente. De pronto, pareció tomar conciencia de su situación.

- ¿Qué me ha pasado? — murmuró —. ¿Por qué estoy aquí?
- Pasa, sencillamente, que alguien influyó en ti, mediante el hipnotismo, para que me acusaras de ladrón y para que hicieras el trato con el hombre que tienes al lado.
- ¡Jim, tú no eres ningún ladrón! — exclamó Sliggerton, vivamente sorprendido.
- Señor VanBruden, tengo una confesión, escrita y firmada por el doctor Browahlock, en la que afirma haber hipnotizado a mi amigo, para que me acusara de haberle robado la máquina inventada por él y los documentos de la patente. Puede que esto no le comprometa directamente a usted — dijo Jim con voz firme ·—, pero tal vez el señor Grey quiera obtener benevolencia del tribunal, declarando que lo hizo porque usted se lo ordenó y le pagó.

De pronto, vio el papel que su amigo tenía aún en las manos y, avanzando hacia él, se lo quitó y lo rompió en mil pedazos.

- Sep, antes firmaste un contrato con Opal Byke — añadió.
- Sí, es cierto — reconoció Sliggerton.

VanBruden parecía abrumado. Pamela sonrió untuosamente.

- Jim, me parece que te habíamos juzgado de forma un tanto errónea — dijo.
- Ya no me importa en absoluto lo que puedas pensar de mí — respondió el joven secamente —. Sep, pero ¿cómo es posible...?

Sliggerton estaba colorado como un chiquillo pillado en falta.

- Bueno, hace tiempo... yo fui a ver a VanBruden para pedirle un crédito... Quería que subvencionara mis experimentos, pero desechó mi proposición... Cuando tú viniste a mi casa, y encontraste el error, había agotado ya todos mis ahorros...

Jim se volvió hacia VanBruden.

- Usted tiene la costumbre de hacer que observen a todo el que se acerca a pedirle un crédito, cuando le propone algo interesante. Ya no me cabe duda de que Grey empezó a espiar a mi amigo, y

consiguió saber que el aparato que parecía fruto de una mente delirante, podía ser una beneficiosa realidad.

VanBruden apretó todavía más las mandíbulas. Jim adquirió así la convicción de que había adivinado la verdad.De pronto, se encendieron las luces.

- Parece que han encontrado la avería — sonrió el joven.
- Señor VanBruden, lo mejor será que se marche — dijo Sliggerton.
- La propiedad es mía. Se la compré a Grey —contestó el aludido orgullosamente.
- Entonces, me llevaré el repetidor...
- Si yo se lo permito, sabio chiflado.

Jim dio media vuelta. Grey estaba en la entrada, sonriendo sarcásticamente, con una pistola en la mano.

- Ahora funciona el interferidor — añadió.

Sobrevino un espeso silencio. Lentamente, Grey alzó la mano y apuntó al pecho del joven.

* * *

De repente, se oyó un grito:

- ¡Eso, no!

Pamela dio un salto hacia adelante, en el momento en que salía la bala. Alcanzada en el hombro izquierdo, dio una vuelta completa sobre sí misma y cayó al suelo.Grey se quedó aturdido, desconcertado por la inesperada acción de la muchacha. VanBruden lanzó un rugido de cólera.

- ¡Miserable! ¡Has matado a mi propia hija!

Enloquecido por la rabia, corrió hacia Grey, que en vano trataba de disculparse, y la emprendió a golpes con él. Opal corrió hacia Pamela, y se arrodilló a su lado.

- Jim, ayúdame. Sólo está herida.
- Eso es cosa mía —dijo Sliggerton.

De repente, ocurrió algo inesperado.VanBruden seguía golpeando a Grey quien, perdida la iniciativa, no acertaba a defenderse. Grey había dejado caer la pistola, y trataba de eludir los furiosos puñetazos que le dirigía su encolerizado atacante. VanBruden conectó un golpe más fuerte que los anteriores, y Grey salió despedido, hasta una plataforma circular, situada casi en el centro del taller.Hubo un vivo chispazo, y apareció otro hombre, calco exacto de Grey.Una segunda copia apareció medio segundo más tarde. Y una tercera, y una cuarta, y una quinta...De la plataforma seguían brotando hombres exactamente iguales a Grey, y cada vez con mayor rapidez. A Jim le recordó, por un instante, la rotativa de un periódico, vomitando cientos de ejemplares por

minuto.Todos los espectadores de la escena quedaron con el ánimo en suspenso. Hasta Pamela olvidó momentáneamente el dolor de la herida.Ahora, todas las «copias» de Grey salían disparadas por la puerta, desplazándose con velocidad de vértigo. Era algo enloquecedor, horripilante. Jim se preguntó qué iba a pasar, cuando en el mundo se extendieran centenares de individuos de una semejanza absoluta al original.Grey había sido el primero en salir por la puerta, empujado irresistiblemente por la fila que surgía, sin cesar, de la plataforma reproductora. Jim reaccionó y se dijo que era preciso detener aquella máquina, antes de que fuese demasiado tarde.Súbitamente, se vio brillar una especie de fogonazo en la plataforma. El hombre que acababa de surgir se convirtió en un ascua llameante, y su fuego se propagó a los que le precedían.En unos segundos, cientos de seres se convirtieron en brasas, sin un solo grito, sin un lamento. Luego hubo un tremendo chispazo, y las ascuas con figura humana se transformaron en humo.Sliggerton corrió hacia la máquina y la desconectó. Jim se lanzó al exterior, siguiendo el rastro negro que habían dejado las copias de Grey.Cerca de la puerta de la tapia, encontró la silueta de un hombre, ahora ya sólo una leve capa negra de carbón, que una ligera brisa empezó a dispersar lentamente. Abrumado por lo ocurrido, regresó al taller.Sliggerton atendía a Pamela. VanBruden se encaró con el joven.

- Hemos de arreglar este asunto, muchacho — dijo.
- Hay tiempo — contestó Jim

Lanzó una mirada al repetidor y añadió:

- Lo mejor será que no digamos nada de lo ocurrido. Voy a llamar a un médico.
- No te molestes, Jim; yo soy médico, aunque no ejerzo — dijo Sliggerton —. La bala ha atravesado el hombro limpiamente. Ella estará curada en pocos días.
- Me salvaste la vida, Pamela — sonrió Jim—. Nunca lo olvidaré.
- Creo que... algo tenía que poner de mi parte -—contestó la muchacha—. Pero tú y yo no...

Jim miró a Opal.

  - No estamos hechos el uno para el otro — contestó. Sin embargo, Opal no sonreía. A Jim le preocupó mucho la actitud de la joven.

* * *

  - No te quiere, tal como eres — dijo «Marty».
  - ¿Me tiene miedo?
  - Puede ser. Eres demasiado poderoso. Ella quiere un

hombre normal. Te lo dijo, ¿no?

Jim suspiró. Estaban paseándose por el campo, como unas semanas antes. Sliggerton había vuelto a su casa. Amanda estaba con él. Iban a casarse muy pronto.Sliggerton había encontrado, al fin, la causa de lo sucedido. Grey, hombre sin experiencia al fin y al cabo, había dado demasiada potencia al generador, una vez sustituidos los fusibles. Lo había hecho inadvertidamente, y eso había representado su destrucción, después de reproducido en centenares de ejemplares. El inventor había declarado que no repararía nunca su máquina. Opal le había propuesto dirigir su empresa de componentes electrónicos, que iba a poner nuevamente en marcha. Sliggerton tenía algunas buenas ideas sobre el particular.Jim estaba pasando una temporada de descanso en su casa de campo. Aún no había tomado una decisión sobre su futuro. Ya no amaba a Pamela, y Opal no quería verle.Sentíase muy deprimido.

- ¿Por qué no puedo ser normal otra vez? — se lamentó.
- ¡Mira! ¡Están ahí! — gritó «Marty», de pronto.

Los seres extraterrestres avanzaban hacia él, con la sonrisa en los labios.

- Hola — dijo el hombre—. Yo soy Ghyzor. Ella es Ibbyna.
- Ta... tanto gusto... — balbuceó el joven—. Yo soy Yo soy Jim Smith. Este es mi perro «Marty»... ¡Pero ahora os entiendo! — exclamó.
- Nos equivocamos la otra vez — manifestó Ghyzor—. Íbamos a un planeta donde el hombre se encuentra todavía muy atrasado. Teníamos que infundir en la mente de uno de sus habitantes la idea de aprender a encender fuego. Es el principio ineludible de toda civilización.
- Por eso hablábamos en el idioma que emplean los nativos de ese otro planeta — añadió Ibbyna.

Jim empezó a comprender.

- Aquí, hace un millón de años, alguien aprendió un día a encender fuego — dijo.
- Y nosotros, al contactar contigo, no nos dimos cuenta de que ya llevabas un millón de años civilizado.
- Por eso, de golpe casi, adelantaste otro millón de años.
- Y yo era como serán los hombres de este planeta, una vez haya pasado ese plazo — adivinó Jim.
- Así es — confirmó Ghyzor —. Pero, entonces, el hombre de esa época futura habrá evolucionado mentalmente lo suficiente para no hacer mal uso de sus poderes psíquicos.
- Y serán como dioses...
- No, simplemente, seres humanos, en otro estadio de

civilización, pero sujetos, por otra parte, a las limitaciones comunes a toda persona inteligente.

- No entiendo — murmuró Jim.
- También nosotros somos mortales — dijo Ibbyna.
- Y seres de carne y hueso — agregó Ghyzor.
- Tú nos hiciste descubrir algo que teníamos olvidado— sonrió la joven.

Se acercó a Jim, puso su frente en la del joven y luego le besó suavemente.

- De nuevo sabemos lo que es el amor—añadió.

Ghyzor frotó también su frente contra la del joven.Luego acarició al perro. Ibbyna hizo lo mismo.

- Ya... ¿ya soy normal?—preguntó Jim.
- Sí. Eres, de nuevo, un hombre de esta época — contestó Ghyzor.
- ¿Has oído, «Marty»? — exclamó el joven, alborozado.

Pero esta vez el perro no contestó. Simplemente, ladró.Ghyzor levantó una mano.

- Nos vamos — se despidió.
- Hemos de encontrar, en otro planeta, a un nativo, para inculcarle la idea de que debe encender fuego — dijo Ibbyna.
- En ese planeta, dentro de muy poco, se iniciará otra civilización, que no alcanzará su plenitud hasta dentro de un millón de años — manifestó Ghyzor.
- Adiós — sonrió Jim.

Los exploradores retrocedieron y volvieron a su nave. Jim y el perro, éste sentado sobre sus patas traseras, contemplaron la fulgurante ascensión de la nave espacial.Al cabo de unos minutos, Jim se volvió hacia el can.

- «Marty», vamos a buscar a Opal.
- ¡Guau! — ladró el perro.
- Y también a «Fifí».

Los ladridos de «Marty» se hicieron ahora más acentuados. Jim sonrió.Con el ánimo ligero, echó a correr, acompañado por su fiel amigo canino. Opal se alegraría de la noticia.Ya era de nuevo un ser normal. Los temores de la muchacha desaparecerían.

- Ya no verá en mí a un semidiós, sino a un hombre común y corriente — dijo, pleno de confianza en el futuro.

FIN